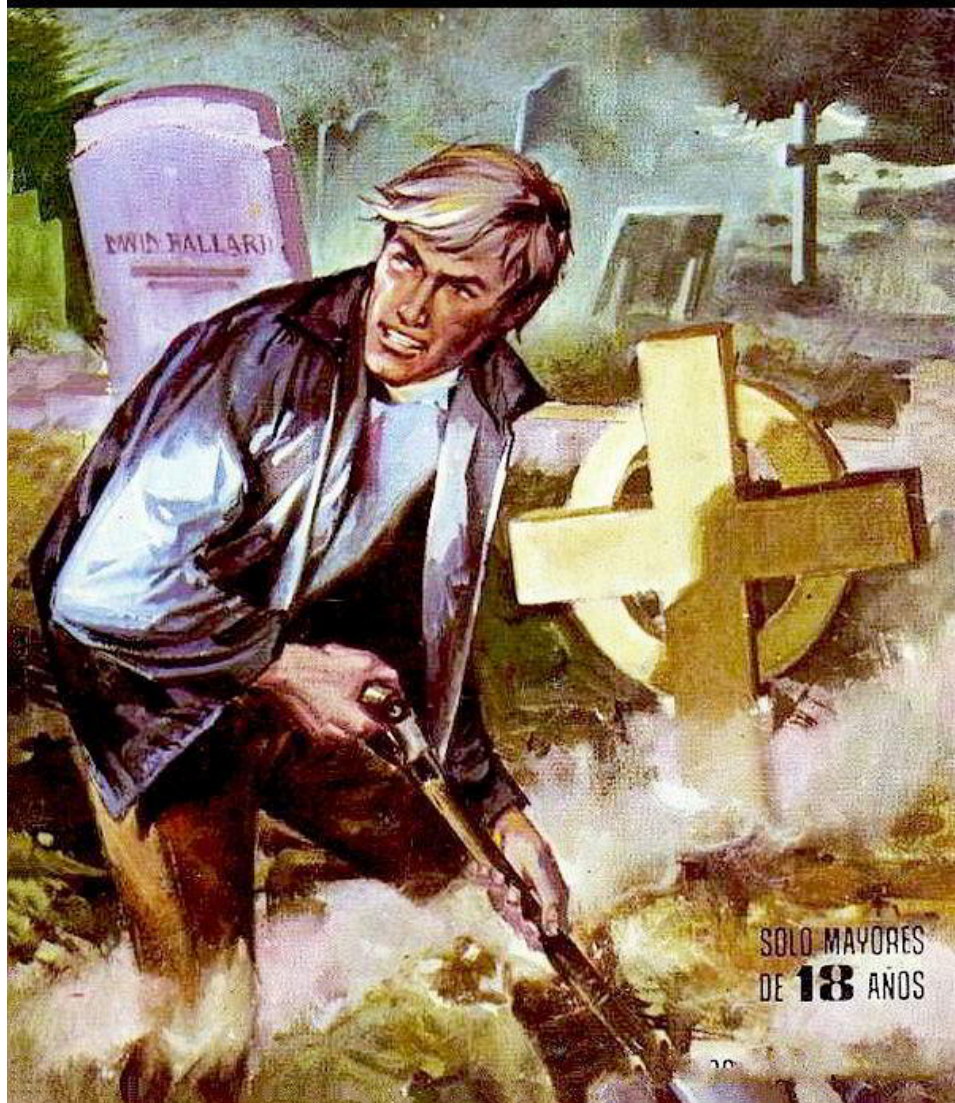


SERVICIO
SECRETO

SS

MURDER STORY

Albert Rosbund



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

El muchacho que apareció por mi oficina aquella mañana no tendría más allá de los veintidós años. Era moreno, de piel bien curtida y cabellos negros recortados por un peluquero que debía conocer el oficio. Sus ojos oscuros, protegidos por unas espesas cejas, poseían brillo y fuerza. Vestía ropas deportivas, elegantes, de precio. En conjunto, puede decirse que era un chico con distinción.

—Me llamo Joe Benson —se presentó al alargarme la mano—, y deseo contratarle.

Me pareció muy bien, pues últimamente estaba necesitado de trabajo. Le llevé hasta mi despacho, ofreciéndole asiento y tabaco. Luego me dirigí al amplio ventanal que daba al Lincoln Park y lo cerré. Me senté frente a él, separados por la monumental mesa escritorio, me quité el cigarrillo de los labios y le pregunté qué quería exactamente de mí.



Albert Rosbund

Murder story

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1553

ePub r1.0

Lds 26.01.19



Título original: *Murder story*

Albert Rosbund, 1980

Cubierta: Miguel García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El muchacho que apareció por mi oficina aquella mañana no tendría más allá de los veintidós años. Era moreno, de piel bien curtida y cabellos negros recortados por un peluquero que debía conocer el oficio. Sus ojos oscuros, protegidos por unas espesas cejas, poseían brillo y fuerza. Vestía ropas deportivas, elegantes, de precio. En conjunto, puede decirse que era un chico con distinción.

—Me llamo Joe Benson —se presentó al alargarme la mano—, y deseo contratarle.

Me pareció muy bien, pues últimamente estaba necesitado de trabajo. Le llevé hasta mi despacho, ofreciéndole asiento y tabaco. Luego me dirigí al amplio ventanal que daba al Lincoln Park y lo cerré. Me senté frente a él, separados por la monumental mesa escritorio, me quité el cigarrillo de los labios y le pregunté qué quería exactamente de mí.

—Se trata de Kathy.

Arqueé una ceja.

—¿Quién es Kathy?

—Por supuesto, usted no la conoce —forzó una sonrisa por entre el humo que le rodeaba—. Kathy Asquith es la muchacha con la que salgo.

—¿Su novia?

—Algo así.

—¿Y qué pasa con ella?

Joe Benson se removió en el asiento, inquieto.

—Bueno, ocurre que... que la encuentro rara.

—¿Eso es todo?

Enrojeció ligeramente.

—Tal vez no me haya explicado bien. De un tiempo a esta parte

ella no se comporta de la forma habitual. No es la chica extrovertida de siempre, comunicativa... ¿Entiende lo que quiero decirle, señor Douglas?

—Piensa que tiene problemas.

—Sí.

—Y no se los ha dicho.

—No.

—Pero usted le habrá preguntado.

—¡Claro!

—¿Y?

Joe Benson le dio una nerviosa chupada al pitillo. Yo esperé su respuesta mirándome la uña del dedo pulgar.

—Ella dice que es cuestión económica —dijo, y ahora miré a sus ojos. No le vi nada convencido de lo que decía—. Necesita dinero para enviarle a sus padres que viven en un pueblo del norte del estado, dedicados a la agricultura, naranjas principalmente, y a los cuales no les han ido bien las cosas últimamente. Yo ya le he prestado una buena cantidad. Mis padres..., mis padres dicen que sólo busca eso, mi dinero.

—Entiendo —cabeceé—. Usted no confía ya en ella.

—¡No es eso! —Respingó.

—Pero la idea de sus padres le ha hecho venir aquí —sacudí el cigarrillo sobre el cenicero—. ¿O me equivoco, señor Benson?

—Estoy seguro de que realmente tiene un problema, y no precisamente el de sus padres. Algo le está sucediendo aquí, en Santa Mónica a Los Angeles, y quiero saber qué es.

—Está bien. Me encargaré de ello —no iba a dejarle escapar, tal como se presentaba mi agenda de trabajo para esa semana—. Mis honorarios son cien dólares diarios más los gastos.

—No habrá problema por esa parte —alargó la mano y apagó el cigarrillo en el cenicero. Pude admirar la costosa sortija que adornaba su dedo anular.

—Aunque sé su nombre, no me ha dicho aún quién es usted exactamente —dije con una sonrisa en los labios, no queriendo parecer antipático—. Es usted muy joven.

Supongo que podrá pagar mis servicios.

—No se preocupe. Tengo dinero.

—¿Le avala alguien?

—¿Qué le parece la industria Koplan?

Silbé.

—No me diga que usted tiene algo que ver con el Benson dueño de...

—Es mi padre.

Silbé otra vez.

—Pero, por favor —agregó al momento—, no es necesario que él o mi madre se enteren de este asunto. No les gustaría.

—Por lo que ha dicho, me da la impresión de que no les cae simpática su chica.

—Así es. Kathy trabaja en la sección de empaquetado de la empresa. Es una empleada más. Y eso no le hace ni pizca de gracia a mis padres. La aceptan a regañadientes, quieren convencerme de que la deje. Ellos desean..., desean algo mejor para mí. Es su frase favorita.

—Sí —murmuré, estrujando la colilla en el cenicero—. Todos quieren lo mejor para sus hijos.

—Yo amo a Kathy y quiero ayudarla. Por eso estoy aquí, recurriendo a usted.

—Perfecto.

Mi diestra se movió por encima de la mesa atrapando un papel y un bolígrafo.

—¿Cuáles son los datos de la chica? —pregunté.

—Ya le he dicho su nombre.

—Sí. Kathy Asquith. Pero dígame algo más.

—Tiene mi edad, veintidós años. Vive en un edificio de apartamentos de la 25th Street, los Coronado. También le he dicho dónde trabaja, en la empresa de mi padre.

Lo hace de las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde.

—Muy bien. ¿Qué sabe de sus amistades, de su vida fuera del trabajo?

—Bueno, ella procede de un pequeño pueblo del norte del estado, su nombre es Blackfield, donde viven sus padres...

—Dedicados a la agricultura y todo eso. Ya lo sé. ¿Qué más?

—Kathy vino aquí con el fin de abrirse camino, tras sufrir un serio fracaso sentimental allá en su tierra. Creo que anteriormente estuvo trabajando como dependienta en unos almacenes, pero tuvo que dejarlo porque uno de los jefes la acosaba continuamente. Ella

es muy atractiva. Mire, aquí traigo una foto que nos hicimos juntos...

Me la mostró. Yo la tomé con la mano izquierda. En efecto, era una muchacha de gran atractivo. Cabellos rubios, rostro bello y sensual, de ojos claros, que destacaban poderosamente, y con un cuerpo excelentemente proporcionado. El le pasaba un brazo por los hombros, y ella le rodeaba la cintura. Ambos sonreían felices, como una sencilla pareja de enamorados. La foto no me decía mucho, pero podía servir.

—Me la quedaré —dije.

El joven no se opuso, guardándose la cartera de donde la había extraído.

—No me ha hablado aún de las relaciones exteriores de su... novia.

—Oh, pues, no hay mucho que contar... Ella vive sola en su apartamento, de alquiler, y apenas tiene amistades. A la que más trata es a Lorna Kane, una compañera de trabajo. Kathy lleva una vida sencilla, sin muchas complicaciones. Es ahora cuando parecen haber surgido...

—Bien —exclamé, pensando que nada más podría sacarle—. Así pues, quiere que vigile a su chica, ¿no es eso?

—Sí, señor Douglas. Y deseo que empiece esta misma tarde. Teníamos una cita, pero la ha cancelado sin explicarse muy bien. Tal vez..., tal vez tenga otro plan —tembló su voz con cierta angustia, la del hombre enamorado que teme ser engañado por la amada.

Aún quedaban románticos.

CAPÍTULO II

A las cuatro menos cinco me encontraba delante del portón por donde debían de salir los empleados de la industria Koplan, sobre todo los de empaquetado. Mi cliente me había dado toda clase de referencias.

Fumé un cigarrillo contemplando el sol de la tarde, y pronto una pequeña avalancha de gente comenzó a salir, una auténtica riada humana. Hombres y mujeres surgían excesivamente apelotonados, y mis ojos debían trabajar al máximo tratando de localizarla. La tenía bien grabada en mi mente después de haberla observado detalladamente en la foto, y por eso no me resultó del todo difícil distinguirla.

Llamaba la atención entre las demás.

Como he dicho anteriormente, poseía un cuerpo bien proporcionado para su magnífica estatura, pero también era dueña de una especial forma de moverse al andar de la que carecían sus compañeras. Parecía como si supiera cómo debe caminar una mujer con gancho. Las otras, a su lado, eran vulgares chicas de trabajo. Obreras. Ella, en cambio, tenía aires de otra cosa mucho más incitante. Y no me extrañó que Joe Benson pudiera estar loco por ella, dispuesto a saltar por encima de los obstáculos paternos. Le alabé el gusto.

La muchacha no tenía coche. Caminó por la acera en compañía de una chica de mediana estatura y pelo castaño, charlando animadamente hasta llegar a la parada del autobús. Allí se despidieron con un beso en la mejilla. Yo la seguía a ella, desde luego.

Puse en marcha mi «Ford Mustang» y salí pitando tras el autobús. Kathy Asquith se bajó en una esquina de la 25th Street con

Montana. No me equivoqué al pensar que se dirigía a su casa.

Después de reflexionar unos instantes, decidí abandonar el coche y subir arriba. Era la única forma de controlar si alguien iba a visitarla, pues desde la calle, si veía a una persona entrar en el edificio de apartamentos Coronado, nunca sabría si iba a su vivienda o no.

Pero había un problema: el conserje. No quería llamar su atención.

Antes de entrar me fijé en una de las, placas que adornaban la pared:

**LARRY
PEARSONS - ABOGADO
- 7C.**

Entré decidido, saludé con un seco buenas tardes y me detuve ante la puerta del ascensor, pulsando el botón de llamada.

El conserje dejó despaciosamente la novela que estaba leyendo y me miró dubitativo.

—¿Adónde va, señor? —preguntó al fin.

—Al bufete del señor Pearsons.

—Oh, muy bien.

Me dedicó una sonrisa, se olvidó de mi y volvió a enfrascarse en la lectura.

Tomé el ascensor y me bajé en la planta séptima, por las moscas. Luego bajé por las escaleras, silenciosamente, hasta la planta cuarta. Allí había seis puertas. La 4E era la que daba al apartamento de Kathy Asquith. Como quedarme en el pasillo era demasiado llamativo si alguien aparecía de pronto, opté por permanecer en el rellano de la escalera.

Allí siempre podría disimular, yendo hacia arriba o abajo.

Pasó media hora. Una hora y media. Los pies comenzaron a dolerme. Nadie entró ni salió, aunque de otras puertas sí y yo tuve que moverme. Empecé a pensar que a lo mejor la chica se había cansado de Joe Benson, no le amaba y le estaba esquivando mientras cobraba valor para decírselo claramente. Es algo muy propio de las mujeres.

Pero no. Finalmente, a las dos horas, la puerta se abrió y apareció ella.

No había cambiado en nada, salvo que ahora, aparte de su bolso, que colgaba del hombro, llevaba en la mano izquierda una bolsa de plástico que hacía propaganda de unos grandes almacenes.

Subí corriendo a la planta séptima mientras ella se entretenía cerrando con llave su apartamento. Jadeando, apreté el botón de llamada del ascensor antes de que ella lo requiriera. Traté de serenarme mientras descendía. Al abrirse la puerta, me encontré con el conserje que estaba barriendo con una escoba.

—Adiós.

—Adiós, señor —me respondió cuando llamaban al ascensor.

Me encaminé a mi coche y esperé. Ella salió al momento. Se detuvo en la acera y miró hacia la derecha, por donde venían los autos. Al cabo de un rato consiguió parar un taxi libre. Fui tras ellos.

Nos dirigimos hacia West Los Angeles. Pasamos junto a la City Hall y cruzamos Sepúlveda Boulevard. La tarde iba muriendo lentamente, tiñendo de rojo el cielo y las puntas de los edificios. Parecía que nos encaminábamos hacia Beverly Hills, pero en el último momento el taxi giró a la izquierda, rumbo a la U. C. L. A.

[1]. Por fin se detuvo a la altura de Holmby Park. Ella descendió y abonó la carrera.

El taxi se alejó y yo aguardé. Kathy Asquith comenzó a caminar con paso lento por Comstock, bordeando el Los Angeles Country Club. Yo había descendido del coche para seguirla con mayor libertad de movimientos. Llegamos hasta la

BKA

Bus Terminal.

Kathy Asquith no se lo pensó mucho y se coló en el interior. Yo corrí para no perderla de vista entre el maremágnum de gente del vestíbulo. La vi encaminarse decididamente hacia los servicios. Franqueó la puerta de damas.

Como no podía introducirme allí sin organizar un escándalo público, no tuve más remedio que fastidiarme y esperar con los brazos cruzados, rogando que por allí dentro no estuviera sucediendo nada vital para mi trabajo de sabueso.

Cuando reapareció, parpadeé sorprendido.

Si no fuera porque sabía que había entrado allí y porque

continuaba llevando la misma bolsa de plástico en la mano, habría jurado que no era ella. Su estatura no era la misma, porque ahora usaba un calzado plano, sin tacón, como tampoco su fisonomía que había cambiado por completo gracias a la peluca negra, los hábiles retoques de maquillaje y la severa vestimenta que disimulaba sus curvas de hembra joven. El bolso de piel no aparecía por ningún lado, pero imaginé que iría dentro de la bolsa de plástico, junto con las otras ropas y el calzado.

Sin ninguna vacilación se encaminó hacia el lugar donde se encontraban las taquillas y alquiló una. Allí dentro guardó la bolsa de plástico. Luego, salió a la calle.

Fui tras ella, muy preocupado. ¿Por qué ese cambio? ¿Qué pretendía? ¿Realmente había algo más detrás de aquella muñeca rubia, algo oscuro y misterioso como había presentado mi cliente?

No fuimos muy lejos. Cuatro manzanas más adelante, giró a la derecha y se adentró en una calle estrecha, mal iluminada y bastante sucia. Como apenas había tráfico en ella, ni rodado ni peatonal, me quedé en la esquina, viéndola seguir adelante. Por fin se detuvo ante una puerta, miró a todos lados y se coló en el interior.

Llegué corriendo, y también me adentré. Era un bar de mala muerte, pero muy concurrido. La gente que por allí pululaba no parecía muy recomendable, las mujeres olían a golfas que apestaban y en los ojos de los hombres se adivinaba que ya habían vendido a su madre por un centavo. El humo, el perfume barato, el alcohol y el sudor formaban un extraño ambiente, casi tan explosivo como la dinamita. Gracias a la gran cantidad de personal en tan poco espacio, pude verla todavía peleando por abrirse paso, camino de un pasillo interior que se presumía tras una sucia cortina mal corrida.

Mis codos actuaron sin miramientos y fui tras ella sin hacer caso de protestas ni de insultos ni de cantos de sirenas. El pasillo era casi lúgubre, una persona honrada jamás se hubiera atrevido a entrar allí.

Pude ver cómo Kathy Asquith golpeaba con los nudillos en una puerta, a mitad de pasillo más o menos, y luego entró. Alguien me pasó entonces un brazo por la cintura, cuando iba a aproximarme a la puerta de marras para pegar la oreja, y me rozó con los labios en

el cuello.

—No seas arisco, Tarzán —me dijo una voz de mujer—. Tú y yo podemos hacer grandes cosas. ¿Quieres que nos metamos en uno de esos reservados?

La encaré. Era una chica morena y atractiva, de generoso busto. Su boca de rojos labios dejó escapar unos falsos gemiditos ansiosos y un aliento de *whisky* de cincuenta centavos la copa.

—En otro momento, nena —dije, observando por encima de su hombro que Kathy Asquith salía alocadamente del reservado y corría hacia nosotros.

Quise ponerme en movimiento, pero la morena no me soltaba y yo no quería armar un escándalo. Kathy Asquith pasó como un bólido ante nosotros, perdiéndose tras la cortina, mientras la morena decía:

—Anda, Tarzán, ámate. —Y me estampaba sus rojos labios en la boca, sacando una lengua voraz y habilidosa.

Me desprendí de ella con cierta suavidad, echando mano de mi bolsillo, inquieto por lo que había visto.

—Toma, pero olvídate —le di diez dólares. Es la única forma de deshacerte de una fulana cuando te ha echado el lazo y no quieres organizar una trifulca. Ella se alejó, no sin antes dedicarme una mirada como si uno fuera un bicho raro.

Cuando la vi trasponer la cortina, de tres rápidas zancadas llegué al reservado donde había estado Kathy Asquith no más de cinco minutos. Tenía interés en saber qué podía haber hecho allí, si se había entrevistado con alguien...

Curiosamente, la puerta había quedado entreabierta. La empujé del todo y me asomé.

Era un pobre reservado de bar de tercera categoría. Paredes desconchadas, una mesita coja, un par de sillas desvencijadas y un diván de tapizado roto. Sobre este último yacía un hombre inmóvil. Me acerqué un poco más a él y entonces pude comprobar que sólo saldría de allí con los pies por delante. Tenía un tiro en el corazón.

CAPÍTULO III

Era un tipo de buena estatura, delgado, al que calculé unos treinta y cinco años de edad. Poseía un cabello negro encrespado, unos ojos pequeños, ratoniles, y unas facciones angulosas. Vestía un traje de chaqueta gastado, algo sucio. La camisa presentaba un agujero negro-rojizo a la altura del corazón.

No le conocía de nada. Por ello osé registrarle rápidamente, procurando no dejar ninguna huella. No le encontré ninguna documentación, sólo dinero y objetos personales que nada me decían.

Salí en seguida del reservado, atravesando a continuación el local camino de la puerta, evitando llamar la atención de la concurrencia. Estaba sumamente preocupado.

¿Había sido ella la asesina? Aunque no se había escuchado nada, el disparo podía haber sido hecho con silenciador. Tuvo el tiempo justo: llegó, le mató y huyó.

Yo no tenía muchas esperanzas de verla tras el tiempo perdido, y en efecto, al pisar la calle, sólo me encontré con las sombras de la noche. Kathy Asquith se había hecho humo. Pero sabía dónde hallarla, así que aceleré el paso hacia la estación de autobuses.

No tuve suerte. Cuando llegué allí, ella ya no estaba. Esperé en vano ante los servicios de damas, con la ilusión de que ella saliera de un momento a otro, y más tarde cometí el atrevimiento de asomarme. Luego pregunté por la taquilla de alquiler número trescientos cinco, que era la que ella había tomado. Estaba desocupada. Me arrepentí de alquilarla delante de la empleada, que me miró como si estuviera loco.

Entonces tomé el coche y me dirigí a su casa. El conserje ya había abandonado su puesto y el portal estaba cerrado. Pulsé el

botón de su apartamento, pero por más que insistí nadie contestó.

No había llegado todavía, cosa extraña. Me fui al coche, tomé asiento, encendí un cigarrillo y esperé. Media hora más tarde llegaba a una conclusión. Fuera o no culpable, Kathy Asquith, asustada, no iba a aparecer por allí. Posiblemente huyera bien lejos de la ciudad o se escondiera en algún lugar secreto.

O tal vez recurriera a su amado.

Esta última posibilidad hizo que me pusiera en movimiento, dirigiéndome a casa de los Benson, sita en el Lincoln Boulevard, cerca del cruce con la Washington Avenue. En realidad, era una mansión, rodeada por una verja protectora y ocupando toda la manzana.

Al descender del coche, tras aparcarlo, me fijé casualmente en un «Mercury» detenido unos metros más adelante. Tenía las luces apagadas, pero el conductor se hallaba en el interior, con la cabeza ladeada hacia la mansión. Cuando pasé junto a él, desvió la mirada.

La verja de entrada me fue abierta automáticamente. Luego, en la puerta de la casa, me esperaba una doncella de mediana edad y rostro simpático que me invitó a seguirla.

Me llevé una sorpresa cuando me encontré en un lujoso salón frente al matrimonio Benson.

—Buenas noches —me saludaron al unísono.

—Buenas noches —correspondí, tratando de adivinar qué significaba aquella recepción. Yo había solicitado ver a Joe Benson, únicamente.

El hombre contaría ya los cincuenta años de edad y poseía un aspecto casi insignificante. No daba la medida del gran hombre de empresa. Era de baja estatura, delgado, con cierto aire tímido.

—Usted dirá, señor Douglas —dijo, mirándome fijamente.

—¿Cómo? —espeté.

—Ha solicitado hablar conmigo, ¿no? Aunque no le conozco, he aceptado. Diga usted.

Su voz tenía carácter y suplía la falta de presencia física.

—Creo que se ha cometido una equivocación —dije, forzando una sonrisa—. Yo solicité hablar con Joe Benson, en efecto, pero no usted.

—Yo soy Joe Benson.

—No sabía que usted se llamara igual que su hijo, de ahí la

confusión.

La mujer dio entonces unos pasos hacia adelante, ocupando el primer plano.

—Así que desea ver a nuestro hijo...

—En efecto.

Era una mujer hermosa y altiva, a pesar de haber sobrepasado la barrera de los cuarenta ya ampliamente. Mantenía un tipo que hubiera envidiado más de una jovencita, y sus cabellos eran negros como el azabache, y sus ojos almendrados, color miel, y su boca grande y devoradora, dejando ver al entreabrir los rojos labios dos hileras de dientes perfectos, blancos. Cruzó los brazos bajo su todavía firme seno y me miró escrutadoramente.

—¿Quién es usted?

—Ya lo dije a la doncella: Stuart Douglas.

—Su nombre no me dice nada.

—¡Laura, por favor! —terció el marido. Las palabras de la mujer habían sonado demasiado abruptamente.

—Déjame llevar esto —dijo, sin mirarle—. ¿Qué tiene que ver con mi hijo? Usted no es de su pandilla, ni siquiera tiene su edad.

—Desde luego.

—Entonces, ¿qué ocurre?

—Somos conocidos. He de hablar con él de un asunto personal.

—Joe está estudiando y no le gusta que le molesten. Lo hace por las noches porque durante el día trabaja en la empresa y va a la Universidad. Ha de prepararse muy bien porque un día tendrá que hacerse cargo de la industria.

—El asunto es muy urgente. Si le dicen que estoy aquí, no tendrá inconveniente en atenderme.

—Está muy seguro de ello.

—Por favor —rogué, armándome de paciencia.

—Laura, a Joe no le gustará que interrogues a sus amistades —intervino de nuevo el hombrecillo.

—Joe es tan inocente como tú —replicó duramente—. Yo conozco muy bien a las personas.

Yo le aguanté la mirada, inmutable. El señor Benson se agitó, nervioso.

—Bueno, voy a avisarle —decidió, dando media vuelta y desapareciendo.

Ella dio unos pasos por el salón y acabó sentándose en una butaca, cabalgando una pierna sobre la otra y ofreciéndome una buena panorámica. Su muslo derecho presentaba una fea y vieja cicatriz.

—¿No me va a decir quién es usted? —preguntó, tratando de suavizar la voz y mostrarse amable, para ver si me doblegaba y satisfacía su curiosidad.

—Un conocido de Joe.

—¿Y qué se lleva con él?

—Se lo dije: personal.

—Hummm.

—¿Por qué se preocupa tanto por su hijo? Es mayor de edad.

—Pero un ingenuo. La gente se aprovecha de su buena disposición. Ahora, por ejemplo, le ha engatusado una lagarta que trabaja en la empresa.

—Oh.

—Ya le he dicho a Joseph que la despidiera, pero no quiere hacerme caso. Dice que sería un escándalo, la gente murmuraría que la echamos por ligar con nuestro hijo.

—No está mal pensado.

—Pero mayor escándalo se armará si entre ellos ocurre algo irreparable, usted ya me entiende. En fin, no lo quiero ni pensar.

—Si los chicos se aman...

La mujer me miró como si fuera un extraterrestre.

—No tiene usted pinta de romántico.

—Depende de los días.

—Ya —musitó, mordiéndose el labio inferior—. Estamos hablando, pero aún no me ha dicho el motivo por el...

Sonreí.

—Creí que se había dado cuenta que no pienso decírselo por muchos rodeos que dé.

La respuesta la dejó con la boca abierta. Una puerta se abrió y aparecieron padre e hijo.

—¡Señor Douglas! ¿Usted aquí?

—¿Se puede saber qué clase de secretos te traes entre manos, Joe? —le preguntó su madre, agriando el gesto.

—Yo... —balbuceó el joven—. Son cosas personales de la Universidad —dijo luego acercándose a mí y tomándome de un

brazo—. Venga a la salita contigua, señor Douglas.

Fui con él, despidiéndome con una sonrisa del matrimonio. Joe Benson, hijo, cerró la puerta tras nuestras espaldas y luego me encaró.

—¿Qué locura es ésta? —Casi chilló, temblándole las manos—. ¡En menudo compromiso me ha metido! ¡Ahora tendré que soportar a mi madre durante una semana con sus machacantes interrogatorios!

—Lo siento. Pero la cosa es urgente.

—Pudo llamarme por teléfono.

—Esto hay que hablarlo ya y cara a cara.

Palideció y me miró con mayor fijeza.

—¿Sucedó algo grave?

—Su amiguita se ha metido en un buen lío.

—¿De qué se trata? —se retorció las manos, frunciendo el entrecejo.

—Un asesinato.

Creo que le dio un amago de mareo. Trastabillando llegó hasta una butaca y allí cayó como un avión alcanzado por la metralla del enemigo.

—¡No puede ser!

—Lo vi con estos ojos.

—¿Qué..., qué pasó?

Le hice un rápido relato. El muchacho escuchó atentamente. Cuando finalicé, exclamó:

—¡Ella no es una asesina!

—Sí. Eso es discutible. Mas ¿por qué se disfrazó para acudir al reservado de aquel bar?

—No, no —meneó la cabeza de un lado a otro—. Kathy no puede haber cometido un crimen.

—Tal vez usted no conoce bien a las personas, como asegura su madre.

—¡Olvide a mi madre! ¡Yo me niego a creer que Kathy sea una asesina!

—Bien. Está en su derecho. Yo ya le he informado. Le pasaré un recibo por el trabajo.

Joe Benson hijo botó en el asiento.

—¿Cómo? ¿Lo va a dejar?

—Por supuesto. Ya he cumplido con lo que quería. La he vigilado, y ella me ha llevado muy gentilmente hasta un fiambre. Si el asesinato lo ha cometido ella, es cosa que no me incumbe. Perseguirla, tampoco. Es misión de la policía. La mía no son los asesinatos.

—¡Pero no me puede dejar así!

—¿Hay alguna ley que lo prohíba?

—No...

—Y usted no está complicado en el caso. ¿O sí?

—¡Desde luego que no!

—Entonces yo me voy y usted no ha de temer nada.

—Pero hay que ayudar a Kathy.

—Imagino que debe ser una muchacha que sabe arreglárselas muy bien sola.

—Tiene que encontrarla, señor Douglas.

—No.

—Le pagaré el doble.

—¿Por qué ese empeño?

—Porque he de saber la verdad, y además deseo ayudarla.

—Tal vez no sea necesaria mi intervención. Posiblemente le telefonee para que le eche una mano.

—Cuando no lo ha hecho ya... Debe estar asustada y no creo que recurra a mí por temor a mis padres, a que ellos se enteren de algo. La conozco bastante, señor Douglas.

—Yo no la conozco nada. ¿Cómo quiere que dé con ella? Tal vez esté deambulando por Los Angeles. ¿Sabe cuántos kilómetros cuadrados tiene la ciudad?

—Es su trabajo. Yo le pagaré el doble, lo que quiera. Ahora no me puede abandonar. ¡Es cuando más le necesito, señor Douglas!

—Mire, Benson. Si me meto en el asunto de lleno, puedo salir malparado.

—¿Por qué?

—Posiblemente la policía obtenga una descripción mía en el lugar del crimen. Hubo una chica que me vio allí, cerca del reservado. Por eso no quisiera intervenir en el caso, para no darle la oportunidad a la policía de reconocerme.

—Ya le he dicho que le pagaré lo que quiera, señor Douglas. Por favor...

Era una súplica casi patética y no supe negarme.

—Bien. ¿Por dónde puedo empezar?

—Sólo sé que tiene alguna amistad con Lorna Kane, una compañera de la sección de empaquetado. Si espera un momento, le puedo dar su dirección.

Aguardé, observando curiosamente el decorado de la sala. Pero mis pensamientos estaban en otro lado. Una voz interna continuaba recriminándome por haber aceptado seguir con el asunto de Kathy Asquith, dejándome llevar por una tonta sensiblería. Allá Joe Benson, hijo, y sus problemas. El asesinato estaba fuera de mis deberes profesionales.

Cuando el joven reapareció, me entregó un papel donde había anotado los datos. Yo lo acepté sin oponerle nada. Había mandado al cuerno a la voz de la prudencia y pensaba en el dinero que podía ganar y en la huida precipitada de Kathy Asquith. Esto último era algo en lo que no había meditado suficiente. Una persona que se disfraza y tiene pensado cometer fríamente un asesinato, no sale huyendo del lugar del crimen como alma que persigue el diablo, pues corre el peligro de llamar la atención. Lo lógico era actuar con la misma serenidad de antes. ¿Era Kathy Asquith verdaderamente culpable? Llegué a la conclusión de que yo mismo necesitaba una respuesta.

—Y le ruego la mayor discreción posible con mis padres, señor Douglas —me decía mi cliente—. Sería horrible si supieran lo que ocurre. Ahora sí tendrían una buena excusa para dejar en la calle a Kathy.

—No se preocupe. Mientras sea posible de mi boca no saldrá absolutamente nada.

—Diremos que es usted uno de los entrenadores de *baseball* de la Universidad. Yo soy un buen jugador y capitán de uno de los equipos. Ha venido aquí para hablar personalmente de un problema que ha surgido en el equipo.

Estuve de acuerdo. Y sin ningún otro incidente que reseñar, salí a la calle. Allí continuaba en el mismo sitio el «Mercury» que viera al llegar, con su conductor semioculto en las sombras del interior. Nuevamente al pasar junto a él, desvió la mirada.

CAPÍTULO IV

Lorna Kane era la chica de mediana estatura y pelo castaño que había acompañado esa tarde a Kathy hasta la parada del autobús, a la salida del trabajo. La visité esa misma noche, pensando que era el momento ideal para pescarla en casa. Y no me equivoqué.

Lo malo es que estaba en compañía de su amiguito y tenía prisa por regresar a la cama.

Al tipo lo vi furtivamente, asomando parte del rostro por el resquicio de una puerta.

Ella se encontraba envuelta en un albornoz rojo, con los pelos alborotados y los ojos brillantes.

—No sé nada de Kathy —me dijo al momento—. Me despedí de ella al terminar el trabajo... ¿De verdad que ha desaparecido?

—Eso parece.

—Hum. Pues lo siento. No puedo ayudarle.

Era ya la despedida.

—¿No le habló Kathy últimamente de algún problema que tuviera? —pregunté sin moverme del sitio, y ella a punto estuvo de tropezar conmigo, en su afán por ponerme rápidamente de patitas en la calle.

—No, en absoluto. Kathy no suele hablar mucho de sí misma. Sólo le puedo decir que se mostraba algo diferente.

—¿Qué quiere decir?

—Nerviosa, intranquila. Muchas veces el jefe de sección le ha llamado la atención por estar ensimismada, sin atender el trabajo como es debido.

—¿Y no le ha comentado nada?

—No, de verdad. No sé nada.

La muchacha se moría de ganas por sacarme fuera del recibidor

de su casa.

—¿Sabe de alguna otra amistad suya?

—Bueno, en la empresa se rumorea que ella sale con el hijo del dueño...

—Ya. ¿No sabe de alguna otra persona allegada a Kathy?

—No. Tenga en cuenta que no lleva mucho tiempo trabajando en la empresa. Antes estuvo como dependienta en unos grandes almacenes.

—¿Recuerda el nombre?

—Eso sí me lo comentó en una ocasión.

Grey's.

—Está bien. Gracias por su colaboración. Buenas noches, señorita Kane.

Cerró con fuerza la puerta, tras mis espaldas. Me la imaginé resoplando, satisfecha.

Decidí irme a casa a descansar, pero antes hice una última tentativa. Pasé por los apartamentos Coronado y probé de nuevo suerte con el botón del interfono. Nadie se molestó en contestar.

A la mañana siguiente, después de duchado y desayunado, cogí el teléfono y llamé a mi cliente, en la empresa, donde me aseguró que estaría.

—Sigo sin tener noticias de ella, señor Douglas —me informó con voz quejumbrosa—. No ha aparecido a trabajar.

—Era de suponer.

—Me he leído todos los periódicos y en ninguno viene nada del... asesinato.

—Espere a la tarde y verá.

—¿Usted ha averiguado algo?

—Hablé con Lorna Kane. Al parecer no sabe nada. Kathy no era muy comunicativa con ella.

—¿Y qué piensa hacer?

—Tratar de hallar gentes que la conocieran anteriormente y puedan saber algo de su paradero. Por ejemplo, voy a visitar los grandes almacenes

Grey's.

Ahí es donde estuvo trabajando antes de entrar en la empresa de su padre, ¿no?

—¡Sí!, ¡eso es!

¡Grey's!

—exclamó, radiante—. ¡Ayer no me acordaba del nombre! ¡Tengo muy mala memoria para los nombres!

—Luego también intentaré ponerme en contacto con su pueblo natal, Blackfield me dijo, ¿no?

—Sí.

—A lo mejor ha escapado hacia allí, con sus padres.

—Me parece muy bien, señor Douglas. Confío en usted. Estoy seguro que lo conseguirá —recobró ánimos la voz del muchacho.

Yo me contagié de aquel optimismo, pero la cosa no me duró más de dos horas. Al cabo de ese tiempo me encontré en un bar con el gesto contrariado, bebiendo un *whisky* doble y fumando un cigarrillo.

Había estado ya en los grandes almacenes

Grey's

y nadie conocía allí a Kathy Asquith, ni siquiera la reconocieron por la fotografía. Me puse tan pesado que me llevaron hasta el jefe de Personal y pude revisar los archivos con mis propios ojos. Nada de nada.

Mosqueado, conseguí el número telefónico de la centralita de Blackfield, un pueblecito del norte del estado, y solicité hablar con el jefe de policía. Unos minutos después tuve al aparato un enorme vozarrón. Le puse al corriente de lo que deseaba, facilitándole los datos de Kathy Asquith.

—En efecto, esa chica es de aquí —me informó, casi haciéndome saltar los tímpanos—. Pero me parece que está usted un poco mal documentado.

—¿Por qué?

—Se marchó de su casa tras una feroz discusión con sus padres. Bueno, su padre y su madrastra. Su padre quedó viudo joven y hará cosa de un año y medio volvió a casarse.

Desde un principio la madrastra y Kathy no se llevaron bien, y al final estalló el jaleo.

Resultado: Kathy hizo las maletas. Y la verdad, no creo que vuelva por aquí nunca más.

Por otro lado, le puedo asegurar que a su padre no le hace falta dinero alguno, goza de una espléndida posición económica. En todo caso quien pueda tener apuros, será ella.

Soltó una risita como si hubiera dicho un gran chiste, y todavía ésta me martilleaba en la cabeza mientras bebía pausadamente el *whisky*. Ahora sabía un poco más de Kathy Asquith, pero apenas había sacado en claro algo. Había mentido acerca de su origen y de su anterior empleo, y eso significaba que ocultaba alguna cosa. Tal vez la historia de los padres necesitados económicamente la había inventado para sacarle dinero a mi cliente.

Era un cuento sentimental que podía dar fáciles resultados con una persona sensible.

Pero ¿por qué había mentido respecto a su anterior trabajo? Ahí no sólo había engañado a mi cliente, sino también a su compañera Lorna, y suponía que a muchas otras personas de su actual círculo; de lo contrario habría sido fácilmente descubierta. ¿Qué había hecho desde su salida de Blackfield hasta su entrada en la empresa de Benson?

Terminé el *whisky* y el cigarrillo. La boca me sabía a infiernos. No tuve el suficiente coraje para tomar el teléfono y contarle lo que sabía a mi cliente, tampoco para dejarle en la estacada con aquel asunto que cada vez olía peor. Pagué la consumición y salí a la calle.

A un muchacho que voceaba la nueva edición del *Los Angeles Times* le compré un ejemplar.

Esperaba que ya hubiera salido la información del asesinato del Funny Bar.

La cosa más parecida que encontré fue la reseña del cadáver hallado cerca del Los Angeles Country Club, un tipo indocumentado que presentaba un tiro en el corazón. Los datos que proporcionaban de él coincidían exactamente con los del fulano que yo había visto tirado sobre el diván del reservado del Funny Bar. Según se añadía, la policía no tenía por el momento ninguna pista.

Esta información me dejó con el ceño fruncido, sumamente preocupado. ¿A qué se debía este cambio? Era claro que alguien había descubierto el fiambre y lo había colocado en otro sitio. ¿Por qué? ¿Temía algo?

Pensando en todo ello me trasladé hasta el edificio de apartamentos Coronado, como había decidido en un principio, mientras bebía y fumaba. Tenía que arriesgarme y registrar el apartamento de la joven. Tal vez allí encontraba algo. Si no,

volvería al Funny Bar y trataría de averiguar por qué el cadáver se había movido del sitio.

El problema del conserje lo solucioné como la otra vez: una nueva visita al bufete del abogado Pearsons; yo me estaba convirtiendo en un cliente habitual. Luego me trasladé por las escaleras hasta la planta cuarta. Primero pulsé el botón del timbre, por si acaso.

Nadie contestó. Entonces, con la ayuda de mi juego de ganzúas conseguí fácilmente abrir la puerta y pasé al interior.

Todo estaba en orden. No había ninguna señal de violencia, tampoco de que la persona que allí vivía hubiera abandonado el lugar para siempre. En la cocina encontré alimentos, y la nevera funcionaba. Los armarios estaban llenos de ropa. En la cama, bajo la almohada, había un camión. Registré todo minuciosamente. Cuando ya casi me sentía desesperanzado, encontré una fotografía entre sus objetos personales. Había sido realizada dentro de un local me pareció el Funny Bar precisamente en donde se debía celebrar la fiesta del Año Nuevo o algo parecido, pues abundaban las serpentinas, los farolillos de papel y la mayoría de los concurrentes iban semidisfrazados. En primer plano se encontraba Kathy Asquith, vestida con una sucinta ropa y sosteniendo con las manos una bandeja repleta de copas. A su lado había otra chica vestida como ella, más alta y morena, con unos sugestivos ojos claros, enlazándola por la cintura. Las dos sonreían a la cámara que las había fotografiado. Parecían felices.

Me guardé la foto, eché otra mirada, pero no hallé nada más. Poco después me despedía del conserje con una sonrisa. Ahora sabía que tenía que volver al Funny Bar.

Eran demasiadas coincidencias.

Llegué allí y como a aquellas primeras horas de la tarde la parroquia no era abundante, en seguida vi a la chica de alterne del día anterior. Me podía servir muy bien para lo que yo quería.

Se encontraba alrededor de una mesa en compañía de un sujeto flacucho y pálido que le hacía carantoñas. Ambos consumían una botella de *whisky*.

Me planté ante ellos y dije:

—Hola.

El tipo flacucho me miró con cierto desdén. Ella, en cambio,

abrió unos ojos como platos.

—¡Tú!

Parecía como si hubiera visto un fantasma, o algo así.

—Bueno, nena, he venido para que tú y yo continuemos lo de ayer. Te di un buen anticipo, ¿no?, y hoy tengo todo el tiempo del mundo.

—¡Estás loco, volver por aquí...! —exclamó agitadamente, mirando en derredor.

—¿Por qué? Es la mar de lógico, Me hiciste tilín, preciosa.

—¡Vete!

—No, no. He de hablar contigo.

—¿Te molesta este individuo, Betty? —preguntó su acompañante poniéndose en pie y quedando sus narices a la altura de mi pecho.

No hizo falta el arrojo del valiente caballero. De pronto, dos sujetos llegaron hasta mí y sin decir nada me atraparon y me llevaron en volandas.

CAPÍTULO V

Atravesamos la sucia cortina sin que pudiera desprenderme de aquellas garras de acero y fuimos a parar precisamente al reservado del crimen.

Allí había un hombre. Se encontraba en el diván, cómodamente sentado y muy vivo.

Era un sujeto de cincuenta años de edad, de pelo canoso, nariz como una alcachofa y labios abultados. Poseía unos ojos oscuros, de mirada penetrante. Vestía un bien cortado traje de chaqueta.

A una señal suya, los gorilas me soltaron.

—¿Qué hay, amigo?

Forcé una sonrisa, colocándome las ropas en su sitio.

—Encantado.

—Me gustaría saber quién es usted.

Antes de que respondiera, las manazas de los gorilas cayeron de nuevo sobre mí, pero esta vez solo para registrarme. Menos mal que pasaron por alto la foto encontrada en el apartamento de Kathy Asquith, no les llamó la atención, tal vez no la conocieran. Se contentaron con mi cartera, la cual casi despanzurraron.

—¡Stuart Douglas! —informó uno de los gorilas—. ¡Un pesquisa!

Sonreí simpáticamente, preguntando:

—¿Y ustedes?

El hombre del diván no tuvo inconveniente en contestarme, cosa que me sorprendió.

—Yo soy el dueño del local. Ellos son unos amigos.

—Tanto gusto. ¿Puedo ya irme?

Me incliné para recoger mis cosas, pues los gorilas lo habían tirado todo al suelo.

—Al parecer usted estuvo ayer aquí —dijo suavemente el

propietario del Funny Bar.

Me quedé en cuclillas y sin mirarle reconocí:

—En efecto.

—Y se comportó de una forma sospechosa.

—Según se mire.

—¿Y cómo lo mira usted?

Le encaré.

—Sólo entré, eché una mirada y me fui.

—Creo que también me dejó un regalo.

—Oh, no.

—Un regalo desagradable.

Un extraño cosquilleo me subió por la columna vertebral. Presentí el peligro.

—Está equivocado —forcé una sonrisa, poniéndome en pie lentamente.

—Una de mis empleadas le vio.

—Estuve aquí, es cierto, pero no hice nada.

Por primera vez, el dueño del local se movió, impaciente. Entrelazó los dedos y dijo gravemente:

—Mire, amigo. Más le valdrá hablar claro, a mí no me gustan las medias tintas. Yo no pensaba preocuparme por el asunto. En este lugar han sucedido muchas cosas a lo largo de los años y siempre las he resuelto satisfactoriamente. Por eso sigo tan campante.

Cuando me informaron del descubrimiento de un cadáver en este reservado, ordené que lo sacaran disimuladamente de aquí y lo dejaran en la calle. No me gustan los problemas, y menos con la policía. Si la bofia aparece por aquí haciendo preguntas, molestando a la clientela, me jode el negocio. ¿Está claro? Así que estaba dispuesto a desembarazarme del desgraciado de Alan Flint y olvidarme. Algún ajuste de cuentas. Al fin y al cabo, Alan no era santo de mi devoción. Explotaba a muchas de mis empleadas sin darme nada. Al diablo se fuera.

—Entonces, ¿a qué viene esto? —pregunté aprovechando la pausa que hizo.

—Por estos dos amigos —señaló a los gorilas—. Me debo a ellos. Se presentaron esta mañana. Están interesados por lo sucedido a Alan y yo me he puesto a su disposición.

Hemos interrogado a los empleados, a ver si alguien sabía algo,

Y sólo Betty nos dio una pista: usted, amigo. Y la casualidad ha querido que volviera por aquí y nos ahorrara el trabajo de buscarle. Ya se dice: el criminal siempre vuelve.

—Insisto que está equivocado.

—¿En qué?

—Primera: yo no sé nada de un muerto. Segunda y consecuencia de la anterior: yo no he matado a nadie.

—¿Ah, sí?

—No tengo nada que ver con el asesinato. Fue una casualidad que yo me encontrara aquí, en el local.

—Explíquenoslo.

—Es muy sencillo. Una señora me contrató para que vigilara a su marido. Este vino aquí y se fue a un reservado con una mujer con la que debía estar citado. Por eso yo me encontraba en el pasillo, vigilando.

—Ya. ¿Nos lo tenemos que creer?

—Es la verdad.

—A mí me huele a mentira.

—Hizo una nueva señal y uno de los gorilas me metió su puño derecho en el estómago.

Me quedé doblado, casi sin respiración.

Con voz entrecortada dije:

—Por más que... que me peguen..., no conseguirán nada... Todo es... nuevo para mí...

Se miraron entre sí. El gorila que no se había estrenado me cogió por un hombro y me atizó sin contemplaciones. Besé el suelo, sintiendo que mil alfileres me picoteaban refinadamente el cerebro.

—No... sé... nada... —insistí, conmovidamente. Hasta los más sanguinarios tienen sentimientos.

—Creo que dice la verdad —opinó uno de los gorilas—. Habrá que averiguar qué hacía actualmente Alan Flint, quiénes eran sus contactos. El patrón no quiere volver a New York con las manos vacías.

—Os ayudaré en todo lo que pueda —prometió el dueño del local.

—¿Y éste?

—Sacadlo por la puerta trasera.

Eso hicieron, y como despedida me ablandaron el estómago y el

hígado. Me quedé hecho un ovillo, escupiendo bilis, tras escuchar la amenaza de que si iba con el cuento a la policía, yo sería hombre muerto en un abrir y cerrar de ojos. Y también lo sería como descubrieran que les había mentido.

El asunto se complicaba por momentos, y yo me encontraba fatal, incapaz de levantarme, tirado como una basura en una calleja solitaria, silenciosa y sucia. Al cabo de un rato apareció precisamente Betty, la chica que me había delatado. Se inclinó junto a mí, con rostro compungido, mirándome con lástima.

—Lo siento —balbució.

—Buena la hiciste, encanto —musité.

—No pensaba que volvieras por aquí. Sólo pretendí ganarme los cincuenta dólares que ofrecía el patrón por una pista. Con los datos tuyos que les di, sería difícil que te localizaran...

—Ya.

—Cuando te vi, me quedé de piedra. Te quise avisar para que te marcharas al instante, pero... Lo siento, lo siento de veras.

—Olvídalo.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Ayúdame a levantarme.

Lo hizo con mucho mimo. Yo me sentía aún un poco mareado, con ganas de vomitar.

—Vayamos adentro —propuso.

—¡No! Acompáñame al coche...

—Ellos ya se han ido. El jefe es un hombre muy ocupado. Tiene otros locales.

—Ajá. ¿Y los otros?

—Peces gordos. Han venido de fuera.

—Sí, lo sé. Y parece ser que tienen ascendencia sobre tu patrón.

—Creo que... pertenecen al sindicato —susurró estas últimas palabras.

—Hummm —me sentí aún peor—. El sindicato por medio. Peligroso y resbaladizo se porte esto.

—Pero tú no tuviste nada que ver...

—No, encanto.

—Me alegro.

Ocupamos finalmente uno de los reservados, y ella trajo una botella de Johnnie Walker y dos vasos. El *whisky* comenzó a

ponerme en forma. Mi mente empezó a trabajar, reflexionando. Cabía la posibilidad de que la chica volviera a traicionarme, incluso que las caricias que ahora me prodigaba como bálsamo no fueran más que teatro siguiendo las órdenes de su patrón, pero no tenía más remedio que arriesgarme si quería sacar algo en claro.

Puse la fotografía encima de la mesa, tras esquivar los ávidos labios de ella.

—Busco a esta chica —le señalé la novia de mi cliente con un dedo.

Ella miró y exclamó:

—¡Oh, Kathy!

—Vaya, veo que la conoces.

—Sí, estuvo trabajando aquí como camarera, al igual que la otra.

—¿Sabes su nombre completo?

—Kathy Asquith.

Bueno, en eso no había mentido.

—¿Qué me puedes contar de ella?

—Pues... una niñata. Una estúpida pueblerina. Tenía muchos remilgos. Demasiados para un lugar como éste. El jefe le llamó la atención muchas veces. Le hicieron buenas proposiciones, pero las rechazó.

—¿Prostitución?

—Sí.

—¿Por qué se fue de aquí?

—Huyó de las garras de él. Se le había metido en la sangre y la acosaba día a día.

—¿Tu jefe?

—No. Alan Flint.

CAPÍTULO VI

—Alan Flint —suspiré—. Ya salió. ¿Quién era exactamente Alan Flint?

—El chulo del barrio.

—Así que vivía de las mujeres.

—En efecto. Primero quiso que Kathy perteneciera a su nómina, luego quiso poseerla.

Kathy dejó su empleo por huir de él. Desde luego, no la critico por eso. Alan Flint era una mala bestia.

—¿Tú perteneces a su...?

—No —me interrumpió—. Pero conozco a algunas que me han contado cosas horribles. Las trataba peor que a animales.

—Ajá.

—¡Oye! ¿Tiene algo que ver Kathy con el crimen?

—Mmmm... —medité rápidamente—. No lo sé. Yo soy detective privado y tengo la misión de encontrarla para mi cliente. Nada más. El asesinato no me va. Vine acá porque era su anterior lugar de trabajo...

—Oh, yo creía que no lo sabías.

Hice una mueca.

—No, sólo quería saber si tú eras sincera conmigo —argumenté—. Lo que no sabía era la relación Flint-Kathy. Eso me preocupa. Por cierto, ¿has vuelto a tener noticias de ella?

—No. Desapareció.

—¿Y qué más me puedes contar? —pregunté, tras apurar el tercer vaso de *whisky*. El alcohol era mi alimento de aquel penoso día.

Betty dejó de sobarme y colocó el dedo índice de su mano derecha sobre la foto.

—Kathy tenía mucha amistad precisamente con ésta que le acompaña.

—¿Quién es?

—Sondra Burke.

—No me dice nada su nombre, ni tampoco su cara. ¿Qué sabes de ella?

—Trabajaba aquí también como camarera y pertenecía a la nómina de Alan Flint. Era bisexual, le daba a todo, ¿sabes?, y era una mina para el chulo. Nunca entendí muy bien cómo hizo migas con Kathy, incluso llegaron a vivir juntas en un apartamento. Tal vez Kathy... —dejó la frase en suspenso, pero yo entendí su significado.

—¿Lesbiana?

—No lo puedo asegurar.

—Interesante. ¿Y ahora qué es de Sondra Burke?

—Dejó el empleo antes que Kathy. Recibió una importante oferta para trabajar como modelo fotográfica. La verdad es que no volvimos a saber de Sondra, pero es posible que Kathy siguiera teniendo contacto con ella. Alan también le perdió el rastro, recuerdo que en muchas ocasiones la ha echado de menos.

—¿Te acuerdas de su dirección?

—Sí. Pero no creo que viva ya allí.

—Bueno, no cuesta nada probar.

Me la dio sin mayores objeciones. Aboné la consumición, le di un par de besos y abandoné el lugar, ya bastante recuperado. Cuando llegué a la dirección de Sondra Burke las primeras sombras de la noche caían ya sobre la ciudad.

Según el conserje de la finca, que la recordaba perfectamente e hizo algunas alabanzas de su belleza, Sondra Burke había dejado su apartamento hacía unos meses para trasladarse a un lugar mejor. Pero desgraciadamente no conocía su nueva dirección. En cambio, su lugar de trabajo, sí. No tuvo inconveniente en facilitármelo, fui allí, pero a aquellas horas ya no había nadie. Se trataba de un estudio fotográfico en Bentley Avenue.

Por tanto, no tenía más remedio que esperar al día siguiente.

Me fui a casa, pues tenía merecido un buen descanso según mi opinión. Me duché, cené a mi gusto, tranquilamente, y más tarde telefoneé a Joe Benson, hijo, el cual seguía sin tener noticias de su

chica. Le dije que tenía una pista, pero que no la había comprobado todavía. Le oculté lo que sabía ya sobre Kathy, no valía la pena hacer estallar el polvorín cuando aún no había dado con ella.

Dormí como un lirón, y por la mañana me presenté en el estudio fotográfico de Roy Manson. La amiga de Kathy se encontraba allí haciendo unas pruebas, así que no tuve que hacer más preguntas ni trasladarme a más sitios. Personalmente, estaba mucho mejor que en fotografía. Se la veía espléndida, pletórica, rutilante. Desde luego, casi seguro que la mayoría de mujeres acabarían usando los *pantys* que anunciaba.

Me acerqué a ella en un descanso de la sesión.

—¿Es usted periodista? —me preguntó en seguida, nada más le dije mi nombre.

—No.

Sus hermosos ojos claros se desilusionaron.

—Soy detective privado y ando buscando a una vieja amiga suya —agregué.

—¿De quién se trata? —preguntó, colocándose un cigarrillo en los labios, sin ofrecerme.

—Kathy Asquith —le contesté al tiempo que le brindaba la llamita de mi encendedor.

Se quedó muda, perpleja, tras frenar el gesto de prender su pitillo.

—Me voy a quedar sin gas —le dije con una sonrisa.

Ella encendió, sin apartar sus ojos de mí.

—¿La recuerda? —pregunté, guardándome el encendedor en el bolsillo de la chaqueta—. Trabajaron juntas en el Funny Bar. Incluso llegaron a compartir un apartamento según tengo entendido.

—Sí —musitó al fin.

—¿Qué sabe de ella?

—¿Yo? —Se levantó del asiento—. Nada, nada. Perdona, pero me reclaman del trabajo.

—Es muy importante que encuentre a Kathy.

—Lo lamento. Desde entonces no he tenido noticias de ella. No sé dónde puede estar.

—¿No recuerda algún lugar común?

—No. Lo siento. Por favor...

Arrojó el cigarrillo casi sin consumir a una escupidera y se alejó. Me quedé unos instantes viendo cómo posaba. Nuestras miradas coincidieron más de una vez. El fotógrafo le llamó la atención en un par de ocasiones, y ella se justificó diciendo que su estado de ánimo no era el óptimo.

Me fui de allí pensando que posiblemente no me había dicho toda la verdad. Al salir a la calle ya había tomado la decisión de meterme en el coche y esperar que saliera, a ver adónde iba.

Pero antes tuve un tropiezo. Una voz femenina, conocida, dijo:

—Hola, bandido.

CAPÍTULO VII

La encaré.

Seguía siendo la misma mujer de aire jovial y desenvuelto. Una hermosa trigueña de veintiocho años espléndidamente llevados, con unos atrayentes ojos verdes, una nariz algo respingona y unos sugestivos labios gordezuelos, muy rojos. Vestía un pantalón de pana negra y una blusa blanca que apenas podía con la pujanza de su seno. Un bolso de piel le colgaba del hombro.

—¿Qué hay, Ann?

Ella se apoyó indolentemente en el morro de mi coche.

—Una sorpresa, ¿eh?

—Sí. Hacía tiempo que no nos veíamos^[2].

—Ultimamente he estado muy ocupada.

—Sí, claro —cabeceé—. El chico pelirrojo.

Ella apretó los labios. Unas chispitas de furia partieron de sus ojos.

—¿Me vigilas?

—Sólo quería saber por qué ya no me llamabas ni me enviabas a tus amiguitos, los gorilas detectives. Me he limitado a ejercer mi oficio.

—Creí que lo nuestro estaba claro. Cada uno es libre de hacer lo que quiera e ir con quien quiera.

—Por supuesto. ¿Acaso te he recriminado o te he montado un numerito de celos?

—Ya —chasqueó la lengua.

—Por cierto, ¿te va bien con ese colega?

—Le han destinado a la Brigada de Homicidios de San Francisco.

—Oh, lo siento.

—No seas hipócrita.

—Está bien. Me alegro. Tenía cara de avinagrado.

—Era un gran tipo.

—Si tú lo dices... Bueno, ya nos veremos un día de éstos, entonces. Tengo prisa.

—Yo también —arrugó el entrecejo—. ¿Qué hacías aquí?

—¿Es un interrogatorio?

—Curiosidad.

—Estoy realizando una investigación rutinaria, un caso, de infidelidad. Mi cliente cree que su marido se la pega con una modelo. Tontadas. ¿Y tú?

—Como siempre. Un asesinato.

—¿Algo importante?

—No. Los jefes ni siquiera me han metido prisa. Un proxeneta.

—Ajá —murmuré, sumando dos y dos. Resultado: Alan Flint. Nuevamente nuestros casos se cruzaban.

—En fin, Stuart, voy para arriba. Ya hablaremos con mayor tranquilidad.

—Eso espero.

—Tenemos que reconsiderar algunas cosas —dijo, mirándome fijamente.

—Sí —cabeceé.

—¡Ciao!

Se despidió alegremente. Yo le dediqué una sonrisa y me introduje en el coche. Ya no podía quedarme allí, dentro del automóvil, pues ella lo conocía y al salir podía verlo y entonces comenzaría a sospechar. Le di al encendido, salí del aparcamiento y recorrí la Bentley Avenue sin quitar el ojo del espejo retrovisor, vigilando que por el portal no saliera Sondra Burke.

Al poco doblé a la izquierda, vi un hueco y allí dejé el coche. Luego corrí hacia la avenida y me situé junto al puesto de un vendedor ambulante de perritos calientes. Fumé un cigarrillo, esperando.

Primero salió Ann, y la vi marcharse en el coche policial. Me compré un perrito caliente y continué con la vigilancia. Media hora después apareció por fin Sondra Burke. Me envaré.

La joven modelo vestía un traje de chaqueta muy moderno y llamativo, color azul. La vi encaminarse hacia un pequeño auto deportivo aparcado frente al edificio donde se encontraba el estudio

fotográfico.

Entonces retrocedí rápidamente, monté en mi «Ford Mustang» y cometí la temeridad, aprovechando que en ese momento no había circulación en aquella calle, de salir marcha atrás. Justo en el momento que giraba para colocarme en el carril de la avenida, Sondra Burke pasaba velozmente en su flamante coche deportivo.

Fui tras ella.

Nos dirigimos hacia el distrito de Mar Vista por el Sepúlveda Boulevard, para luego bajar por Charnock hacia Centinela Avenue. Antes de alcanzar ésta, la joven modelo viró a la derecha y en un hueco de Ocean View se detuvo.

Yo también encontré aparcamiento, pero no salí al momento. La vi correr hacia unas casitas blancas, con un cuarto de acre de césped rodeándolas, todas iguales. Penetró en la tercera, y entonces yo broté de mi coche y caminé apresuradamente hacia allí.

Miré a todos lados y cuando llegué a la conclusión de que nadie me observaba, me adentré en la propiedad privada. Alcancé la puerta, tras haber dejado atrás la verja de entrada y pisando el cuidado césped. Sondra Burke no hacía mucho que la acababa de cerrar, después de haberla abierto con una llave de su bolso. Yo había llegado a tiempo de verlo.

Sin ninguna vergüenza, pegué la oreja a la hoja de madera. Pude escuchar la voz agitada de Sondra:

—Alguien estuvo preguntando por ti, Kathy.

CAPÍTULO VIII

—¿Cómo? ¿Quién era?

La modelo le dio mis datos. La conversación era fácilmente audible porque las dos mujeres hablaban en voz alta y no muy lejos de la entrada.

—No le conozco.

—Luego también estuvo la policía.

—¡Oh, no!

—Me hicieron preguntas sobre la muerte de Alan Flint. Al parecer tienen una lista de sus pupilas, tanto las de ahora como las de antes.

—Entonces lo mejor será que me vaya.

—Oh, no me abandones, Kathy. Aquí conmigo no corres ningún peligro.

—Cuando han dado contigo...

—Yo no te voy a delatar.

—Lo sé. Pero pueden venir en cualquier momento. Me iré.

—¡Kathy! ¡No seas así! ¡Tanto tiempo sin vernos...!

—Lo siento.

—No te intereso. Sólo has venido a mí para buscar refugio...

—Ahora no puedo pensar en esas cosas, Sondra. Estoy en peligro. Vamos, déjalo, Sondra.

—Oh, no, tú no te irás... Oh, Kathy...

—¡Sondra!

—Ya verás, Kathy...

—No...

Se hizo un silencio y después estalló de pronto la voz de la modelo:

—¿Qué has hecho, desgraciada?

—No quiero saber nada de esto.

—Me has pegado. Me has tirado al suelo.

—Será mejor que me vaya. Olvídame, Sondra. Creo que fue un error venir aquí.

—¡Cerde!

—Ahora en seguida me iré.

—¡Vete, sí, vete! ¡Desagradecida! ¡Espero que cuando vuelva de las compras, ya no estés aquí!

Me alejé corriendo, llegando casi sin darme cuenta junto a una cabina telefónica. Vi salir a la modelo hecha una furia y marcharse en su auto a todo gas, organizando un gran escándalo. Me introduje en la cabina y llamé a mi cliente.

—Diga, señor Douglas.

—Tengo buenas noticias para usted, Benson. He dado con Kathy.

Se quedó sin habla. Yo aproveché para darle la dirección. Mientras él venía yo esperaba tener una sustanciosa conversación con la chica.

—Le espero con ella.

—¡Sí, sí! ¡En seguida voy! —Reaccionó.

Colgué y salí de la cabina. Inmediatamente retorné a la casita de la modelo. Ni hizo falta que recurriera a mis ganzúas (no pensaba llamar al timbre, pues eso sería alertarla), ya que en ese momento ella entreabría la puerta para otear el exterior, comprobando si el camino estaba libre para su escapada.

Pero estaba yo.

—¡Eh! —exclamó.

Fue a cerrar, pero yo coloqué un pie hábilmente y empujé. Ella salió lanzada hacia atrás, profiriendo algo ininteligible. Yo entré y cerré la puerta.

Kathy Asquith se quedó apoyando la espalda contra la pared. Me miró muy asustada.

—¿Quién es usted? ¿Policía?

—Soy detective privado. Sondra ya le habló de mí.

—Oh, la siguió y ha estado escuchando.

—En efecto.

—¿Qué..., qué quiere?

—Vamos adentro.

La tomé por un brazo sin que se resistiera y pasamos al interior.

A Sondra Burke le debían ir las cosas muy bien. La casita era toda una joya.

Ella tomó asiento y cruzó las manos sobre el regazo, sin dejar de mirarme con cierto temor. Yo permanecí de pie, frente a ella.

—Mi nombre es Stuart Douglas —dije—. Fui contratado por Joe Benson, hijo, su novio o amigo, como usted lo quiera considerar.

—¡Joe!

—El, sí.

—¡Oh, no! —Se llevó ahora las manos al rostro—. ¡Lo sabrá todo!

—Bueno, sabe algo. Por ejemplo, que usted está implicada en un asesinato.

—¡Yo no lo maté!

—¿Por qué no me lo explica?

—El, Alan Flint... Bueno, usted no lo conocía...

—He oído hablar de él. Estuve en el Funny Bar.

—Entonces sabe que yo trabajé allí.

—Así es. Y también sé que mintió respecto a su vida anterior.

Meneó la cabeza de un lado a otro, desolada.

—Es horrible —musitó.

—¿Quiere contarme la verdad?

—Yo..., yo huí del Funny Bar. Aquel ambiente cada vez me gustaba menos, sobre todo Alan Flint y sus sucios manejos. Allí fue donde conocí a Sondra y con ella tuve unas relaciones equívocas. Luego ella continuó su camino ascendente y yo no la seguí, en realidad quería desprenderme de ella y lo que significaba. Y por otro lado, tampoco quería lo que me ofrecía Alan Flint, no sólo que perteneciera a su grupo de prostitutas, sino también que fuera su amante, se había encaprichado de mí, tal vez por esquivarle tanto.

Así que dejé aquello y conseguí el empleo en la empresa de los Benson. Nadie me preguntó nada de mi pasado y yo nada conté.

Hizo una pausa que yo respeté. Le ofrecí un cigarrillo, pero lo rechazó. Yo tampoco fumé.

—Un día conocí a Joe —prosiguió—. Joe es un gran muchacho, me gustó al momento, sinceramente, pero tuve vergüenza y miedo de confesarle la verdad y me inventé que había sido dependienta en unos grandes almacenes, mentira que también conté entre las compañeras y los compañeros. Sus padres no ponían buena cara a

nuestras relaciones, si sabían mi anterior empleo, mi relación con Sondra...

De nuevo se detuvo para cobrar aliento. Sus ojos habían comenzado a humedecerse.

—La cosa fue bien hasta hace unos días. De pronto apareció nuevamente en mi vida Alan Flint. Me abordó en la calle y tuve que acceder a tomar una copa con él. Me dijo que sabía muchas cosas de mí, que me había descubierto por carambola, sin proponérselo, siguiendo otra pista, y que no pensaba dejarme escapar como la otra vez, por mi bonita cara. Ahora tenía que darle dinero y mi cuerpo. Lo quería todo. Sabía con quién tenía relaciones. Si no le obedecía, pondría a los Benson al corriente de la verdad, incluso les hablaría de mis relaciones con Sondra. Le di muchas vueltas al asunto y no encontré más salida que aceptar. La cita era en uno de los reservados del Funny Bar, lugar donde yo trabajaba y donde él buscaba chicas y clientela. Me disfracé para ir allí, no quería que me reconocieran el dueño o viejas compañeras. El dinero se lo pedí a Joe con la excusa del mal momento económico de mis padres. Al llegar al reservado, me lo encontré muerto.

¡Estaba muerto, se lo juro! ¡Y salí de allí corriendo, espantada!

No dije nada de momento, reflexionando sobre cuanto había escuchado. Ella arreció en su llanto, jurando que no había matado, a Alan Flint.

—Cálmese —le dije, acercándome y apoyándole una mano en el hombro.

Levantó la cabeza.

—¿Me cree, señor Douglas?

—Sí.

—Gra... gracias.

Sacó un pañuelito y se secó las lágrimas que corrían por sus mejillas. Yo pregunté:

—¿Qué hizo después?

—Estuve vagando por ahí, ya con mi indumentaria habitual. La cabeza me estallaba de tanto pensar. Si iba a la policía, me detendrían. Yo era la asesina ideal en cuanto supieran la historia. No tenía coartada, y además «había estado allí». Por tanto, decidí esconderme. Pensé en recurrir a Joe, pero al final lo deseché, no quise comprometerle por sus padres. Entonces me acordé de

Sondra, si ella todavía sentía algo por mí, me ayudaría. Vine acá. Lo demás...

Me separé de ella y di unas cuantas vueltas por el salón. Me encontraba metido en un buen lío.

—¿Qué va a hacer conmigo, señor Douglas? —preguntó ella. Y precisamente pensaba en eso—. Estoy en sus manos.

—Joe está al venir —sólo se me ocurrió decir.

—¡Joe!

—Sí.

—Pero...

—Tenía la obligación de avisarle. Es mi cliente. Me contrató para que la encontrara.

Era una mentira a medias, pero ya se encargaría el joven de explicarle la verdad. Bueno, ambos se tenían que contar muchas cosas.

—No sé si podré...

—Podrá, seguro. Usted le ama, ¿no?

—Sí.

—Entonces podrá.

Ella estrujó el pañuelito nerviosamente en sus manos. Alguien llamó a la puerta. Corrí allí y pregunté:

—¿Quién es?

—¡Soy Joe Benson!

Abrí y el joven entró alocadamente.

—¡Traidor! —me espetó. Y también me largó un sorpresivo puñetazo al mentón.

CAPÍTULO IX

—Pero ¿a qué viene esto? —barboté, con una mano en el lugar golpeado. Me escocía.

—¡Es usted un sucio traidor! ¡La policía acaba de llegar! ¡La he visto al tocar el timbre!

Joe Benson estaba fuera de sí. Comprendí que si era verdad lo que decía, no iba a poder entenderme con él en aquellos momentos, y darle explicaciones. Había que obrar rápidamente.

—¡Kathy, cariño! —exclamó al verla aparecer.

—¡Joe!

Se abrazaron.

—¡Déjense de sensiblerías! —corté, iracundo—. ¡Tienen que largarse de aquí!

Joe Benson me miró como si estuviera loco.

—¡Yo no los he vendido, pero ahora no puedo explicárselo! ¡Váyanse y escóndase hasta que el asesinato de Alan Flint sé aclarar! ¡Si la cogen a ella, se lo van a cargar! ¡No tiene defensa posible! ¿Hay otra salida, por la parte de atrás?

Ella asintió, asustada.

—¡Pues ya tardan!

Joe Benson quiso decirme algo, pero yo lo empujé hacia adentro. El timbre de la puerta sonó, anunciando el peligro.

Los dos jóvenes desaparecieron de mi vista apresuradamente, Kathy llevando la conducción.

Me tome un respiro. Los otros esperaron. Impacientes, derribaron la puerta. Vi entrar como dos obuses a los gorilas detectives de Ann Marvin. Luego ellos se hicieron a un lado y ella entró por medio y quedó encarada a mí.

—Hola de nuevo —dije con una sonrisa.

—Tú, maldito —masculló. La expresión de su rostro no era muy halagüeña.

—Eso parece.

—¿Dónde está la chica?

—Se fue.

—¡No me engañes!

—Te digo la verdad. Espantasteis la presa. Os vieron llegar.

—¿Por qué hablas en plural?

Hice una mueca, recriminándome. De todas formas, era ya tonto seguir ocultando cosas.

—Su chico fue quien dio la alarma.

—¿Y por qué no lo evitaste?

—El chico dé ella es mi cliente.

—¡Ya salió! —exclamó, mostrándome sus parejos dientes blancos como la leche—. ¡Tú estás en el caso, y me lo ocultaste anteriormente!

—Me debo a mi cliente. No tenía otro remedio.

—Esa canción la he oído yo hace tiempo.

—Lo siento, nena.

—Estamos perdiendo el tiempo, sargento —dijo uno de los avispados gorilas.

—Sí —convino—. ¿Por dónde se fueron?

—Por ahí detrás.

Le hizo una seña a sus detectives y éstos trotaron. Ella avanzó hacia el interior, lentamente, y al final tomó asiento sobre el brazo de una butaca.

Arrastrando las palabras, dijo:

—No me gusta que me tomes el pelo, cariño.

—No tengo la culpa de que nuestros intereses no sean los mismos.

—Muy simpático.

—Seguro que tú quieres a la chica para cargarle el muerto y cerrar el caso.

—Es culpable. Estuvo en el Funny Bar. Conozco ya la historia.

—¿Cómo?

—Sondra Burke se arrepintió y confesó.

—Zorra.

—¿Qué quieres decir?

—Más que arrepentirse, se vengó.

—Anda, Stuart, querido, dejémonos de rodeos, y dime qué sabes del asunto antes de que tenga que llevarte al Police Department.

La puse al corriente. Ella escuchó con suma atención, de vez en cuando componiendo gestos de escepticismo. Finalmente me dijo:

—Tú eres un ingenuo.

—Crees que me ha engañado, ¿no?

—Seguro. Esa chica es culpable.

—Yo pienso que hay algo más.

—Tú y tu mente retorcida.

Los dos detectives aparecieron de nuevo. Por sus caras adiviné que no habían conseguido nada. Ann soltó un taco muy impropio de una señorita.

—Bien —exclamó después—. ¿Tú conoces a los padres del muchacho?

—Sí.

—Vamos a hacerles una visita. Tal vez ellos puedan decirnos dónde encontrar a los chicos.

—Hummm.

—¿Tienes algún inconveniente?

—Ninguno.

—Iremos en tu coche. Muchachos, encargaos de registrar esto, y luego continuad con la relación de prostitutas de Alan Flint, por si alguna supiera algo de interés. Entraré en contacto con vosotros más tarde.

Los detectives asintieron con un gruñido. Ann y yo salimos de la casita, subimos a mi auto y partimos. El trayecto lo realizamos prácticamente en silencio, ella fumando un cigarrillo. Cuando llegamos a la mansión de los Benson me vino a la memoria el «Mercury» negro y su misterioso conductor. Rechacé al momento el pensamiento porque ya no se encontraba allí. Ann llevó la batuta, presentándose ante la doncella.

El matrimonio Benson se encontraba en casa. Nos recibieron llenos de inquietud.

—¡Policía! —exclamó la señora—. ¿Qué ha ocurrido?

Ann Marvin comenzó a ponerles en conocimiento de lo sucedido. La señora Benson, al saber mi verdadera personalidad, me dirigió una furibunda mirada. Joe Benson, sénior, permanecía en la

butaca, el gesto contraído, balanceando una pierna sobre la otra, evidentemente nervioso. Fue precisamente él quien habló cuando Ann finalizó el relato.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—Quiero su colaboración para localizar a su hijo.

—¡Primero ha de detener a este hombre! —me señaló la señora Benson—. ¡Por farsante!

—Señora, él sólo cumplió con su cliente. Y éste era su hijo. No tiene culpa.

Le agradecí con una sonrisa el cable. La señora Benson miró a su marido.

—¡Joe, Joe! ¡Mira que hacernos esto! ¡Se lo dije! ¡Esa chica sólo busca tu dinero! ¡Y ahora puede ser su perdición! ¡Qué escándalo!

—Por favor, señora —habló de nuevo Ann—. Lo que interesa es localizarlos. ¿Ninguno de ustedes sabe adónde puede haber ido su hijo? ¿Algún lugar favorito?

Se miraron entre sí, circunspectos. Finalmente nos dedicaron un encogimiento de hombros.

—¿Pueden facilitarme una relación de sus amistades?

—¡Joe! —Ladró la mujer—. ¡Trae la agenda del chico! ¡La tiene en su cuarto!

El marido se movió presuroso. Ella me encaró mirándome de mala manera y masculló:

—Espero que no vuelva más por aquí, señor Douglas. No quiero volver a verle. Me molestan los mentirosos.

—Procuraré complacerla.

—Usted debía habernos informado de la acción de nuestro hijo. Se lo habríamos sabido recompensar.

—Su hijo es ya mayor de edad. Ha de vivir su vida y correr sus riesgos, tropezar y levantarse por sí solo. Abandone ese aire proteccionista.

Apretó los labios y dio unos pasos por el salón. Terminó encarando a Ann.

—¡Ojalá resuelva esto cuanto antes y sabiéndolo el mínimo de personas!

—Se hará lo posible.

—Mi hijo mezclado con una fulana y un asesinato... ¡Oh, es horrible!

Joe Benson, sénior, entró en ese momento, llevando la agenda. Se la entregó a Ann.

Era de piel, negra.

—Gracias.

—Espero que nos tengan informados.

—Sí, señor Benson. Y si ustedes recibieran alguna noticia, les ruego nos lo comuniquen.

—Desde luego.

Antes de salir del salón pudimos oír a la señora Benson gritando airada:

—¡Toda la culpa la tiene esa chica! ¡Debimos despedirla nada más lo supimos!

Ya en la calle, Ann hojeó por encima la agenda de Joe Benson, hijo. Luego me pidió que la llevara al Police Department. Yo propuse:

—¿No te apetece tomar un bocado?

Estuvo de acuerdo, y nos metimos en un restaurante cercano. Durante la comida ella me preguntó acerca de mi opinión personal sobre el caso.

—¿La vas a tener en cuenta? ¿No soy un tipo con la mente retorcida?

—Tal vez me des alguna idea.

—Oh.

—No hagas el payaso.

Bebí un trago de vino y dije:

—Creo en la inocencia de Kathy Asquith. Pienso que Alan Flint llevaba otro asunto más feo aún que el chantaje a la joven, y eso le llevó a la muerte. Kathy se cruzó casualmente, y con muy mala suerte por cierto.

—¿Y cuál puede ser ese asunto más feo?

—No tengo ni idea. Pero el sindicato está por medio. Me preocupan aquellos tipos que me golpearon. Te lo conté, ¿no?

—Sí. Teniendo en cuenta a lo que se dedicaba Alan Flint, tal vez tuvieran algún asunto pendiente.

—Hummm...

Ella se limpió los labios con la servilleta y musitó:

—De todas formas lo investigaré.

—Esos tipos no serán fáciles de localizar.

—Pero sí el dueño del Funny Bar. Veremos qué dice.

—Era algo que ya tenía pensado.

—Tú estás fuera, cariño.

—Perdona. No me acordaba. ¿Más vino?

—Gracias —me alargó el vaso.

Terminamos la comida, y cada uno se pagó lo suyo. Ahora sí ya la llevé al Police Department. Como despedida, le comenté:

—Yo ya estoy libre...

—Pero yo tengo mucho trabajo. Adiós —me dio un fugaz beso en los labios.

No estaba conforme con tan poco. La atrapé antes de que saliera y le sellé la boca fieramente, estrujándola contra el asiento. Ella se debatió unos instantes, pero luego cedió. La cosa pudo haber ido a más si no llega a ser por un *policeman* uniformado que tocó con los nudillos en la ventanilla.

—Por favor, aquí no se pueden detener, es zona... Oh, perdón, sargento Marvin —compuso una sonrisita maliciosa.

Ella ya se había separado de mí y descendió del auto con un rictus preñado de rabia. Se alejó hacia el edificio policial sin despedirse ni saludar al agente uniformado.

Arranqué, riéndome por dentro, emprendiendo camino hacia mi oficina. Cuando llegué, abrí el ventanal para que el despacho se ventilara, me senté en el sillón giratorio, encendí un cigarrillo y esperé. Estaba convencido de que más tarde o más pronto mi cliente establecería contacto conmigo.

No me equivoqué. Media hora después sonó el teléfono y era Joe Benson, hijo. Tenía la voz agitada.

—Le he estado llamando...

—Llegué hace poco —le interrumpí—. ¿Están bien?

—Sí.

—¿Dónde?

—Primero explíqueme lo sucedido antes —pidió, imperiosamente—. Yo soy el que paga, recuerde.

—La policía apareció porque la amiguita de Kathy, la de la casita, la denunció —le informé—. Esa muchacha, Sondra, se vengó así de... Bueno, supongo que ya debe saber toda la verdad, ¿no?

—Sí, sí. Yo también le he explicado a Kathy por qué le contraté realmente.

—Perfecto. ¿Dónde está?

—En un pequeño hotel de Playa del Rey, cerca del aeropuerto, por si acaso hubiera que salir a escape si las cosas se ponen feas. El hotel se llama Mindanao.

—Ya he tomado nota.

—Seguirá con el caso, ¿verdad, señor Douglas? —preguntó con cierta ansiedad.

—Sí, por supuesto, aunque estoy hecho un lío. ¿Puedo hablar con Kathy?

—Está conmigo.

—Dígale que se ponga.

Hubo unos segundos de silencio. Luego escuché la voz de la muchacha.

—Hola.

—¿Qué hay, Kathy? ¿Estamos bien?

—Sí, señor Douglas. ¿Qué..., qué ha sido de Sondra?

—Nada. No le pasará nada.

—Ya. ¿Ha resuelto algo?

—Por ahora, no. Desearía que recordara su conversación con Alan Flint...

—Ya se lo conté todo.

—Sí, pero no tuvimos tiempo de entrar en detalles.

—Bueno, ¿qué quiere saber?

—Le comenté que la había descubierto por carambola, que seguía otra pista...

—Sí.

—¿Qué pista?

—Eso no me lo dijo.

—¿Está segura?

—Segura.

—¿No le nombró a nadie?

—No.

—¿Y no le hizo algún otro comentario sobre su trabajo actual?

—No. Bueno, sí...

—¿Qué?

—Pero eso no creo que tenga importancia...

—Usted dígame.

—Sólo me dijo que si estaba interesada en entrar en su nómina,

Monna continuaba dispuesta a instruirme... Como verá, no tiene importancia.

—¿Quién es Monna?

—Una amiga de Alan que le preparaba a las chicas novatas. Al parecer aún continúa con él.

—Pero no es de la plantilla.

—No. Ésa ya no ejerce. Es mayor.

Pensé con rapidez. Posiblemente esa Monna no estuviera en la lista de la policía. Ahí podía ganarme un tanto. Y tal vez averiguar algo.

—¿Qué sabe de ella?

—Venía poco por el bar. Las veces que me vio, siempre comentó asquerosamente que le gustaría mucho instruirme, de ahí el comentario que me hiciera Alan. Solía hablar mucho de su vida grandiosa en New York. Todas le teníamos manía...

—New York —susurré—. Eso me interesa. ¿Recuerda su nombre o dirección?

—Las dos cosas. Se llama Monna Tracy. Y vive en Westwwood, en el 45 de Wind Street, cerca del Sunset Cementery. Es una calleja. En una ocasión Alan Flint me llevó allí para ver si picaba. Yo salí corriendo.

—Está bien, Kathy. Gracias por todo.

—Ahora le paso a Joe.

—¿Joe Benson?

—¿Sí, señor Douglas?

—No salgan para nada del hotel.

—Desde luego.

—Y supongo que habrán dado nombres falsos.

—Sí —rió—. Matrimonio Brandon.

—Okay. Ya les informaré.

—No nos abandone, señor Douglas.

La voz del joven sonó suplicante y angustiada a la vez. Repliqué:

—Confíen en mí.

Poco después salía de mi oficina, tomaba el coche y me dirigía a la dirección de la tal Monna Tracy. La coincidencia de New York me parecía algo inquietante, que encendía la luz roja de mi mente retorcida. Por el camino no pude dejar de pensar en ello. Tal vez estuviera sobre la buena pista.

Wind Street era, en verdad, una inmundia calleja. La tarde aparecía aún más siniestra en aquel lugar de West Los Angeles. El edificio de marras era una vieja construcción de cinco pisos, apuntalada ya. No había portero alguno. Por el panel de buzones supe que Monna Tracy vivía en el piso tercero, puerta seis.

Cuando llegué arriba, por más que pulsé el botón del timbre, nadie salió a abrir. Creí escuchar algo y pegué la oreja. Ciertamente. El televisor estaba funcionando. La voz de Bob Hope era inconfundible. Insistí, pero nadie me hizo caso. Finalmente, extrañado recurrí a las ganzúas. Pasé adentro con suma precaución. El cadáver de una mujer me esperaba ya servido.

CAPÍTULO X

La mujer tendría alrededor de los cincuenta años, era pelirroja y estaba bastante gorda.

Se encontraba vestida con ropa de calle muy chillona y llamativa. Una bala le había atravesado limpiamente el corazón, el orificio ya estaba algo negruzco y reseco.

El lugar no aparecía muy revuelto, salvo la mesita ratona que debía haber derribado al caer. Bob Hope, a través de la pequeña pantalla, continuaba contando chistes malos, sin ningún respeto para la difunta.

Apagué el televisor y, con gran prudencia, registré el apartamento. No conseguí nada.

Si había algo, ya se lo había llevado el asesino.

Le dediqué una última mirada a la muerta. Desde luego, debía ser Monna Tracy. Su rostro coincidía con el de varios retratos que había visto entre los objetos personales de la propietaria del apartamento. Además, Kathy Asquith me había hablado de una persona de edad...

Al salir del apartamento, me encontré con la vecina del rellano, que en ese momento iba a entrar en el suyo. Me miró con una sonrisa.

Era una mujer mucho más joven que la muerta, vestida con unas ropas que delataban a la milla a lo que se dedicaba.

—Qué, habrá sido de pena, ¿verdad? —me espetó con descaro.

—Se equivoca.

—¿Ah, sí? —Se apoyó en la jamba de la puerta.

—La pobre Monna ya no funciona. He venido para charlar con ella de un amigo común.

—Ah. Entonces tal vez le interese pasar. Estoy libre. Le prometo

un buen polvo.

—Hoy no es mi día —rechacé—. Sólo me interesa Alan Flint. ¿Le conoce?

—Un pájaro de cuenta. Explota a las chicas. Yo no caí en sus garras. ¿Qué le pasa con él?

—Deseo localizarlo —mentí. Imaginaba que la fulana no se habría enterado de su muerte—. Pensé que tal vez Monna supiera de su paradero.

—¿Y no ha sido así?

—Dice que hace tiempo que no lo ve.

—Hummm, Me extraña. Son como uña y carne. Ella le prepara a las chicas. Creo que incluso están juntos en el negocio. Vaya al Funny Bar.

—Ya estuve allí.

—Oh. Entonces no se me ocurre ningún otro sitio. Lamento no poder ayudarle. Pero yo no me fiaría mucho de esa puta vieja —señaló la puerta de Monna Tracy.

—No le cae simpática, ¿eh?

—Bah, la detesto.

—¿Por qué? —La animé a explayarse.

—Es muy dada a hablar, a contar sus historias de vampiresa en New York.

—¿Sí? ¿Qué hacía allí? No sabía yo que ella hubiera estado en la Costa Atlántica.

—Yo de usted le apretaría las tuercas.

—Tal vez lo haga. ¿Qué más sabe de ella?

—A lo mejor nos oye —susurró.

—No. Está descansando. Se encontraba mal, algo del corazón. Por eso no la he forzado.

—¡Ojalá reviente!

Forcé una sonrisa.

—Me interesaría conocer su historia...

La fulana achicó los ojos.

—Parece usted un poli.

—¡No, no! ¡Qué va! Sólo es curiosidad. Tal vez algún día me pueda servir para algo. Ni ella ni Alan Flint me caen simpáticos.

—Ya.

—¿Qué hacía en New York? —insistí, aun a costa de quedar

como un pesado. Me parecía interesante conocer la historia de la difunta. A lo mejor podía tener relación con su muerte, con el oscuro lío en el que me hallaba sumergido.

—Al parecer vivía allí a todo tren, según cuenta. Yo creo que exagera mucho, para darse pote y ponernos los dientes largos. Es una zorra vieja...

—Pero ¿por qué vivía a todo tren? —pregunté con ánimo de que no divagara y se centrara.

—Dice que fue la amante secreta de un tal Caleb Burton, un financiero de renombre, casado y con hijos. Ella, por aquel entonces, no tenía siquiera los treinta años y cuenta que estaba hecha un bombón. ¡Bah!

—¿Qué más?

—Según ella, tenía todo lo que quería. Pero un maldito día su amante murió asesinado y se le acabó la mina de oro. Todo fue para la mujer y los hijos, claro está. Ella terminó comiéndose lo que tenía ahorrado y al final emigró. Cada vez fue más para abajo, y como no se cuidó mucho y la edad no perdona... Ahora sólo es una puta gorda y barata que vive de los recuerdos de tiempos pasados. ¿Qué, no te animas y nos echamos unos polvos?

—Otro día.

—¡Tú te lo pierdes! ¡Estoy con ganas de dar guerra y te lo dejaría barato!

—Gracias por todo. Adiós.

Ella se encogió de hombros y se metió en su casa. Descendí los peldaños de la escalera lentamente, reflexionando sobre cuanto había oído. ¿Cómo encajar todo aquello con lo sucedido en estos últimos días, si es que realmente tenía algo que ver? Al salir a la calle, los vi. Precisamente a ellos: los dos matones del sindicato, los recién llegados de New York. Ellos también me vieron, desgraciadamente.

—¡Ese maldito pesquisa! ¡Seguro que ya la ha visto!

—¡Ahora va a saber lo que es bueno! ¡Se le van a quitar las ganas de entrometerse!

Los tipos echaron mano de sus pistolas, no sé si para matarme o amedrentarme. Lo cierto es que en esos precisos momentos todo se precipitó de una forma inopinada. Una voz chilló:

—¡Suelten las armas! ¡Policía!

CAPÍTULO XI

Los dos matones se revolvieron como fieras, abriendo fuego con las pistolas que ya empuñaban contra el lugar de donde había procedido la voz de Ann Marvin.

Yo me quedé quieto, petrificado. Nada podía hacer porque no iba armado.

La incipiente noche se llenó de estampidos y fogonazos cárdenos. Los dos matones bailotearon trágicamente, alcanzados mortalmente en sus anatomías. Les vi caer de bruces, y entonces reinó un profundo silencio.

De detrás de un coche aparecieron Ann Marvin y sus inseparables detectives. Ella vino hacia mí y ellos se quedaron observando a los caídos. Escuché perfectamente el ruido producido por varias ventanas de la vecindad al abrirse. Una mujer gritó aterrada:

—¡Gangsters!

Pero yo sólo me interesé por Ann, quien exclamó:

—¡Otra vez tú!

—Creo que debo darte las gracias —dije, recuperándome del susto pasado—. ¿Cómo has llegado tan oportunamente?

—Una de las pupilas de Alan Flint nos habló de una especie de matrona amiga suya. Y vinimos para acá.

—Oh.

—No me digas que no lo sabes. ¿Acaso estabas aquí de casualidad?

—¿Para qué negarlo?

Ella se guardó la pistola en el bolso, mirándome con mala cara.

—Sigues siendo un sucio traidor.

—No tuve tiempo de avisarte, nena.

—¡Mentiroso! ¡Anda, vamos arriba! ¡No quiero que ésa se me escape!

—No se escapará.

Se detuvo y me miró con una ceja arqueada.

—¿Qué quieres decir?

—Ya estuve arriba.

—¿Y?

Puse el pulgar apuntando al suelo.

—¡Maldita sea! —farfulló.

—No la mataron hace mucho. Un trabajo rápido y sencillo, como a Alan Flint.

—¿Un tiro en el corazón?

—Sí.

—¿Y el vecindario sin alarmarse?

—El asesino debe emplear tubo silenciador. Por eso tampoco se enteraron en el Funny Bar.

—¿Crees que ellos...? —señaló a los matones del Sindicato de New York.

—¡Qué va! Creo que venían acá a lo mismo que vosotros. Son los tipos de que te hablé...

—¡Oh! Por cierto, di orden de que localizaran a Jim Forrest, el dueño del Funny Bar, pero no aparece por ningún lado.

—Estará asustado, bien escondido.

Los detectives se acercaron a nosotros e informaron que los matones habían pasado a la otra vida. Ann les ordenó que se quedaran allí, y ella y yo subimos arriba para echarle un vistazo al cadáver y al apartamento. La vecina estaba alarmada. Al saber lo ocurrido, me acusó con un dedo.

—¡El salió de aquí! ¡Oh! ¡El puede ser el asesino!

—¿Le conoce?

—Me estuvo sonsacando, haciéndome preguntas muy sospechosas...

—¿Ah, sí? ¿Qué?

Volvió a repetir la misma historia, mientras yo me cruzaba de brazos. Ann Marvin me encaró con chispitas de furia en sus bellos ojos verdes.

—Así que ya pensabas jugármela otra vez. No me dijiste nada de eso.

—Mujer, no me has dado tiempo...

—Valiente granuja.

—¿No lo detiene? —preguntó la fulana.

—¡Vuelva a su casa! —le espetó Ann. La otra obedeció sin rechistar.

Mientras Ann curioseaba en el apartamento de la difunta, yo me encargué de dar explicaciones y tranquilizar a otros vecinos del edificio que se asomaban tímidamente preguntando qué había pasado.

—¡Vámonos! —Salió diciendo Ann. Por su rostro adiviné que había conseguido tanto como yo—. ¡Esto es cosa de los peritos y de la ambulancia!

—¿Qué piensas? —le pregunté de todos modos.

—Que tal vez esos chicos se mueven muy de prisa...

—¡No digas bobadas! ¡Ni siquiera llevan pistola! ¡Estoy convencido de que no saben más de lo que me contaron!

—¿Y por qué se esconden?

—Ya te lo dije. Mientras no esté aclarado el asunto, Kathy es desde luego la persona ideal para cargar al menos con la muerte de Alan Flint. Lo tiene todo: motivo y momento.

—¿Entonces?

—No seas como tus jefes, queriendo resolver los casos con lo primero que se presenta para en seguida apuntarse el tanto. Creo que va a haber que ahondar en lo del Sindicato de New York.

—Está bien. Vendrás conmigo al Police Department para firmar la declaración. Además, no quiero que andes suelto por ahí. Eres un peligro.

—*Okay* —suspiré resignado. De todas formas me iba a hacer falta la ayuda de la policía, su compleja red, para seguir obteniendo datos.

—Luego quiero que te vayas a tu oficina y te dediques a tus asuntos. Éste ya no te pertenece.

—Mi cliente considera que su novia es inocente y como la policía no piensa lo mismo, me ha encargado que lo demuestre.

Ella torció el gesto, mirándome fijamente.

—Durante la comida no pensabas así. ¿Acaso has hablado con ellos? ¿Sabes dónde están?

—Joe Benson me telefoneó —tuve que reconocer—, para darme

nuevas instrucciones.

Lo siento. No puedo dejar el caso.

—¿Dónde están? —chilló.

—No me lo dijo.

—¡Mientes!

—Es tu problema si piensas eso.

—Stuart... —Arrastró la palabra, furibunda. Lo que pensaba decir a continuación, se lo calló. Yo le dediqué una de mis mejores sonrisas. Ella dio media vuelta y comenzó a bajar la escalera de dos en dos peldaños.

Fui con ella al Police Department y durante el trayecto no cruzamos una sola palabra.

Mientras prestaba mi declaración, ella y sus muchachos se encargaron de buscar datos sobre los dos matones muertos. La policía de Los Angeles no tenía nada y se pasó aviso a la de New York, con encargo de urgencia y prioridad. La noche la pasamos en el Police Department, tomando café, fumando, mirándonos a las caras y esperando. La respuesta, algo sorprendente, llegó con las primeras luces del nuevo día: los matones pertenecían a la nómina de un alto jefazo del Sindicato de New York, un tal Giorgio Fellini, que había desaparecido hacía un par de días y por el que el

FBI

tenía un especial interés. Uno de sus agentes, al pasarle aviso, ya había partido en vuelo directo con un *dossier* y llegaría esa misma mañana. Entretanto, se rogaba a los del P. D. trataran de localizar a Giorgio Fellini, en lo cual colaborarían estrechamente los del

FBI

de la delegación de Los Angeles.

CAPÍTULO XII

La máquina policial se puso en movimiento. Los bajos fondos fueron rastreados, cribados totalmente. No hubo ningún soplón que no fuera consultado. Y tampoco hubo mucha dificultad en localizar a Giorgio Fellini. La llegada de un tipo importante como él no había pasado desapercibida y más de uno relacionado con el Sindicato sabía dónde se encontraba.

—En casa de Ralph Carter.

—Menudo pájaro.

La observación final había partido del inspector Parker, del FBI, quien había dirigido la operación de sus hombres, en colaboración con los del P.

D. Yo

era hasta el momento un curioso al que no habían puesto pegas, gracias a mi estrecha relación con el asunto.

—¿Quién es? —preguntó el capitán Zack Gordon, jefe directo de Ann.

—Ralph Carter procede de Las Vegas, por lo poco que sabemos de su pasado. Allí tuvo negocios con el juego, todos ellos sucios. Conoció a Luzianna Gori, una activista del Sindicato, y se casó con ella. Al entrar a formar parte de la gran familia, dejó sus negocios de Las Vegas en manos de un testaferro y se vino acá para llevar riendas más importantes.

Dicen que viven de unas constructoras de su propiedad, pero eso no es más que tapadera, y todavía no le hemos podido echar mano, es muy difícil. Ahora precisamente atraviesa un mal momento, según tenemos entendido. Sus negocios de Las Vegas han hecho aguas y más de uno de allá se la tiene jurada, por lo que debe andar

con pies de plomo.

Y era cierto. Su casa parecía una prisión. Todo vigilancia. Tuvimos que pasar tres controles nada menos para llegar ante su presencia y la de Giorgio Fellini. En ningún momento negaron la estancia de éste allí. El trato fue cordial, casi diría que extremadamente amable.

Giorgio Fellini era un sujeto alto y delgado, joven, de mi edad aproximadamente, cosa que me sorprendió para ser ya un gerifalte. Vestía con suma elegancia, y sus ojos poseían un brillo de inteligencia.

Ralph Carter, por contra, era un tipo ya maduro, de mediana estatura, algo rechoncho, de pelo encrespado y ojos grises, fríos. Su mujer se encontraba a su lado, y tendría casi su edad, alrededor de los cincuenta, y no podía negar su ascendencia latina, era morena, de largo pelo negro, ojos oscuros y facciones alargadas, no poseyendo una gran belleza, pero sí se adivinaba un fuerte carácter.

—¿A qué se debe su presencia? —preguntó con una sonrisa Giorgio Fellini—. ¿He hecho algo malo? Siempre me están achacando cosas...

El inspector Parker carraspeó.

—No se trata de que haya hecho algo malo, señor Fellini.

—Oh. ¿Tal vez es que no avisé a sus amigos de New York que me marchaba unos días, y están algo nerviosos? Un error imperdonable. Presénteles mis excusas...

Quería mostrarse desenfadado, jovial, pero no era del todo difícil notar su nerviosismo.

Por ejemplo, no había tomado asiento y se movía constantemente.

—Señor Fellini —dijo gravemente el inspector del

FBI

—. Anoche murieron dos hombres que vinieron con usted de New York.

—¿Pietro y Aldo?

—Sí.

—¡Oh, no!

—No me diga que no lo sabía.

—La verdad es que esta noche no han dormido aquí, pero pensé que estarían por ahí echando una cana al aire. Los empleados

también tienen derecho a divertirse de vez en cuando. ¿Cómo..., cómo fue?

—Ellos se lo pueden explicar.

Ann me miró, yo me humedecí los labios y dije:

—Intentaron matarme. La policía lo evitó, y ellos fueron los que cayeron.

—Increíble.

—Creí que usted nos podría aclarar su conducta —seguí tomando la palabra.

—¿Yo?

—Claro. Si eran empleados suyos... ¿A qué ha venido aquí, señor Fellini?

Forzó una sonrisa y luego miró a la esposa de Carter.

—No sé si lo sabrán. Ella es prima carnal mía. Una visita familiar. Sólo eso. Y de verdad, no, no entiendo lo ocurrido a Pietro y Aldo...

La mujer de Carter había asentido con la cabeza a sus palabras. Luego se excusó, diciendo que tenía que hacer unas cosas en el jardín, y se marchó.

—Señor Fellini —volví a hablar—. Esos hombres tenían ideas muy concretas.

—¿Qué quiere decir?

—Ordenes.

Giorgio Fellini se envaró. Su anfitrión me miró de mala manera y preguntó:

—¿Usted también es policía? Si no recuerdo mal, sólo dijo su nombre. Stuart Douglas...

—Soy detective privado.

—¿Entonces con qué derecho...?

—Porque los hombres del señor Fellini intentaron matarme —le interrumpí—. Y no sólo eso. Antes, en el Funny Bar fui objeto de unos cuantos golpes por su parte. Andaban muy interesados por un tal Alan Flint. ¿No le dice nada ese nombre, señor Fellini?

—¿Alan Flint? —balbuceó.

—Eso he dicho.

—No le conozco. Acabo de llegar de New York.

—Ya. ¿Y a usted, señor Carter? Usted ya lleva viviendo una temporada aquí.

—Tampoco me dice nada.

—Pues ese Alan Flint fue asesinado. Y sus hombres, señor Fellini, querían algo de él.

—Aldo y Pietro sólo eran guardaespaldas míos. El mundo de hoy día está muy revuelto y conviene protegerse. Pero no sé nada de lo que me habla. Si ellos estaban metidos en un lío, sería algo personal, suyo. ¿Un asesinato...? No, no es lo mío.

—Está mintiendo.

Eso le excitó de una forma inimaginable.

—¡Señor! ¡No voy a consentir que me insulte! ¡Si hay algo contra mí, díganmelo! ¡Llamaré a un abogado! ¡No tengo por qué hablar más! ¡Les he dicho cuanto sé! ¡Buenos días!

Nos dio la espalda. Ralph Carter dijo:

—¿Eso es todo?

Era la despedida.

El inspector Parker me miró de una forma recriminatoria, por haber puesto punto final a la conversación demasiado tempranamente. Dio una cabezada de asentimiento e inició la marcha hacia la puerta. Ralph Carter abrió y franqueó el paso. Giorgio Fellini continuó de cara a la pared, sólo con sus pensamientos, las manos enlazadas tras su espalda.

—Muy asustado vive, Carter —le comentó el inspector Parker cuando atravesábamos el jardín de su finca, sita en Beverly Hills, cara al Franklin Canyon Reservoir.

—Ya lo dijo Fellini, el mundo de hoy día está muy revuelto: terrorismo, secuestros, crímenes... —expuso con evidente cinismo.

—Tengo entendido otra cosa. Sus asuntos de Las Vegas no acabaron bien...

—Bah, habladurías —quiso quitar importancia.

—¿No habrá recurrido a Fellini para que le saque del apuro?

—Inspector —dijo, esbozando una sonrisa—, en todo caso serían asuntos internos, que no les interesan.

Yo miraba por aquel entonces hacia una pequeña arboleda. Allí se encontraba la esposa de Carter hablando con uno de los vigilantes de la finca. El corazón me dio un vuelco al reconocerlo. Era el extraño tipo del «Mercury» negro aparcado en las cercanías de la mansión de los Benson.

CAPÍTULO XIII

El agente del

FBI

llegado de New York era un hombre relativamente joven, muy espigado, con una frente despejada y un cuidado bigote negro sobre el labio superior. Sus ojos azules empequeñecieron al saber lo sucedido.

—No debieron moverse —dijo—. Ahora lo han alertado.

—De todas formas —argumentó el inspector Parker—, había que comprobar si era cierto que se encontraba allí y estudiar su estado de ánimo. No se preocupe, Bascomb.

Dejó un par de hombres vigilando la casa. Adonde él vaya, ellos irán también. Estaremos informados de sus pasos.

—Ojalá dé alguno en falso. Lo estamos esperando desde hace varios años.

—¿Qué saben de él? —preguntó Ann.

—Aquí traigo toda su historia —señaló el portafolios—. Se la puedo resumir.

—Hágalo.

—Giorgio Fellini procede de una familia humilde del Little Italy de Manhattan, sin relaciones directas con la mafia. Tuvo una infancia bastante dura y desgraciada. Su padre era un simple oficinista de una empresa financiera y gustaba de la bebida. Eso le llevó a perder el empleo y verse envuelto en un caso de asesinato...

Hizo una pausa, tomó un trago de las bebidas servidas en el despacho del capitán Zack Gordon y prosiguió:

—El padre de Giorgio fue acusado, se celebró el juicio y se le encontró culpable, condenándole a la cámara de gas. Esto sucedió hará cosa de unos veinticuatro años, por aquel entonces Giorgio

tenía unos cinco. Su familia, a raíz de la muerte del padre, fue de mal en peor. Giorgio se alistó en las bandas juveniles del barrio y comenzó su carrera de delincuente. Pero pronto se dio cuenta que así nunca progresaría, no dejaría de ser un pobre diablo, así que se buscó el padrino de Giusseppe Begnini, un mafioso de mucho cuidado, amigo personal de Anastasia, que le dio trabajo y estudios. Bajo la sombra de Begnini nació un nuevo «don». Hemos querido echarle el guante en muchas ocasiones, pero hasta ahora ha sido imposible, a pesar de su punto flaco.

—¿Cuál? —preguntó el inspector Parker.

—Su obsesión: localizar a la mujer que envió a la cámara de gas a su padre.

Todos pusimos cara de extrañeza. El agente Bascomb añadió:

—Sabemos que juró matarla personalmente. Si la encontrara y nosotros lo supiéramos... ¿Entienden? Le cogeríamos con las manos en la masa.

—Pero ¿quién es esa mujer? —pregunté yo.

—Su nombre es Edna Plummer.

—¿Y se sabe dónde está?

—No. Desapareció hace muchos años.

—Vayamos por partes, Bascomb —intervino de nuevo el inspector Parker, removiéndose inquieto en su asiento—. Nos está liando. Explíquese desde el principio.

—Bueno, habría que remontarse otra vez veinticuatro años atrás, al día siguiente en que el padre de Giorgio fue despedido de la empresa financiera Hardt, por borracho. Esa noche, el propietario murió asesinado en las oficinas. La policía, lógicamente, inició las investigaciones pertinentes, y el padre de Giorgio fue uno de los sospechosos. No tenía coartada, según él había estado deambulando por las calles, borracho. No recordaba casi nada. Finalmente fue inculpado gracias a la declaración de una de las mecanógrafas de la empresa. Ella explicó que ese día se había retrasado en su salida porque el patrón le había pedido que pasara a máquina unas cartas. Cuando terminó, dejó solo a su jefe, revisando unos libros. Al salir, vio a Fellini merodeando. Esto le llevó inexorablemente a la cámara de gas. La venganza de un empleado borracho que se había quedado sin empleo. Giorgio Fellini quedó muy impresionado por lo ocurrido a su padre, y juró venganza públicamente, allí, en la sala

del juzgado, nada más se dictó la sentencia. Incluso creo que atacó a la empleada, intentando matarla con una pequeña navaja que llevaba consigo. Se organizó un gran revuelo, y los periódicos hicieron su agosto por aquellas fechas. Desde entonces Giorgio Fellini no ha olvidado su promesa, y con sus amistades siempre comenta que sigue esperando el gran día. Hace ya unos años, atando empezó a tener relevancia dentro del Sindicato, estableció una recompensa de diez mil dólares por quien le diera una pista de la mujer.

—Pero hasta ahora no ha dado con ella —dije yo.

—No. Edna Plummer desapareció al poco de New York, posiblemente asustada, con temor a una *vendetta*. No se supo más de ella.

—¿Tiene sus datos?

—Está todo aquí —abrió su portafolios—. A ver... Era una mujer de veintitrés años, rubia, bonita, de figura estilizada. Procedía de Newark, era huérfana y había estudiado un curso de secretariado.

Ann me miró y dijo:

—Desde luego, no concuerda con Monna Tracy, si es que pensabas en ella.

—No. Monna Tracy siempre se llamó así.

—Bien —exclamó el capitán Zack Gordon, batiendo palmas—. La historia es muy bonita, pero ¿adónde nos lleva? Yo tengo dos crímenes por resolver, señores. ¿Qué tiene que ver lo que sucedió en New York hace veinticuatro años con los asesinatos de Alan Flint y Monna Tracy?

—Tal vez Giorgio Fellini haya acudido a Los Angeles tras la pista de esa mujer —apuntó el inspector Parker—. Es una posibilidad. También que haya venido para ayudar al esposo de su prima, que se encuentra en grave apuro. O por algún negocio que se nos escape por el momento.

Yo había tomado el *dossier* traído por el agente del
FBI

de New York y lo ojeaba distraídamente mientras los otros discutían la táctica a adoptar. De pronto, miré perplejo uno de los nombres que allí había escritos.

Ann se dio cuenta de mi estado y preguntó:

—¿Qué pasa?

—¿Sabes cómo se llamaba el dueño de la empresa financiera?

Ella no dijo nada y yo agregué, cerrando el *dossier* y comprendiendo ya algunas cosas:

—Caleb Burton.

CAPÍTULO XIV

—¿Están seguros? —preguntó el capitán Zack Gordon, mirando a Ann y a mí.

—Eso afirmó la vecina de Monna Tracy —respondió Ann.

—Bien secreto lo tenía Caleb Burton —comentó el agente del

FBI

de New York.

—Ahora ya hay algo de luz —dije yo—. Estamos en el buen camino. Giorgio Fellini ha venido por su *vendetta*. Creo que tanto Alan Flint como Monna Tracy sabían algo e iban a vendérselo. Por eso les buscaban los guardaespaldas de Fellini. Y por eso alguien les mató, para cerrarles la boca.

—¿Esa mujer... Edna Plummer? —inquirió el inspector Parker.

—Tal vez —me encogí de hombros—. O tal vez sabían la verdadera razón por la que murió Caleb Burton. ¿El padre de Giorgio no se declaró siempre inocente?

—Sí —asintió el agente Bascomb—. Pero ya sabe, todos se declaran inocentes... No significa nada.

—Señores —dijo el capitán Zack Gordon, tabaleando con los dedos sobre la mesa—. Creo que debemos ir a apretarle las tuercas a Fellini.

—Puede ser contraproducente —opinó el agente Bascomb—. Yo preferiría continuar vigilándole de cerca.

—No tenemos nada con qué forzarle —dio su parecer el inspector Parker—. Más de lo que le sacamos antes, no creo que vayamos a sacarle ahora. Todo lo que poseemos son sospechas, hipótesis. Giorgio Fellini se encerrará en su caparazón y no hablará. Es mejor dejarle que dé el paso decisivo... y entonces caer sobre él.

—Eso es casi esperar que cometa un asesinato —dije yo.

—Desgraciadamente, no sabemos si esa Edna Plummer se encuentra en Los Angeles, ni tampoco conocemos su personalidad de ahora. Por tanto, no podemos protegerla. Procuraremos estar atentos para que no se produzca el crimen.

—Pero, inspector, tal vez esperen en vano —le objeté—. Alan Flint y Monna Tracy han muerto, y sabemos que los dos matones de Fellini no llegaron a hablar con ellos. Es muy fácil deducir que Fellini, por tanto, no sabe nada. Posiblemente se vaya de aquí con el rabo entre las piernas. ¿Y qué?

—Eso —me apoyó el capitán Zack Gordon—. Nosotros hemos de resolver los dos asesinatos. No van a quedar impunes...

—Estoy convencido de que no hace falta que nos movamos —insistió, terco, el agente Bascomb—. Fellini sabe que está en el buen camino y empezará a mover a todos los hombres del Sindicato de esta ciudad. Al fin obtendrá algún resultado, él mismo debe estar muy interesado en resolver esos asesinatos, ¿no lo comprenden? Si conoce la identidad del criminal, sabe la verdad.

—Además —remachó su compañero de Los Angeles, el inspector Parker—. ¿Para qué apretarle las tuercas, para que nos cuente lo que ya sabemos? Creo que Fellini, en estos momentos, no puede saber más que nosotros.

En eso estaba más o menos de acuerdo. Pero mi mente retorcida trabajaba en otras cosas. ¿Cómo había sabido el culpable que Alan Flint y Monna Tracy iban a entrar en contacto con Fellini? Debía haber un traidor en el mismo Sindicato, una especie de soplón, gracias al cual se había actuado tan oportunamente. Y yo no podía dejar de pensar en el «Mercury» negro, su misterioso conductor, que había resultado ser un vigilante de la casa de los Carter, y la esposa del mismo Carter, una mujer callada pero de fuerte carácter que parecía ocultar algo.

—Bien, señores —dije, viendo que la discusión entre los del FBI

y el capitán de detectives Gordon, de la Brigada de Homicidios, iba para largo, cada uno con sus distintos puntos de vista—. Yo me voy a retirar, con su permiso. Creo que ya nada pinto en todo esto.

No opusieron nada, se despidieron amablemente. Ann vino conmigo.

—¿Qué te propones? —me preguntó mientras caminábamos por

el pasillo.

—¿Cómo?

—¿Te crees que soy tonta? Lo adivino por el brillo de tus ojos. Algo tienes en la cabeza.

—Ideas, como siempre.

—¿Adónde vas? —me preguntó cuando llegamos ante la puerta del ascensor.

—Por ahí.

Penetré en la cabina, y ella conmigo.

—Iré contigo.

—Está bien —me resigné.

Cuando llegamos al coche, preguntó una vez más:

—¿Por qué querías volver a ver a Fellini? En realidad, tenían razón los del FBI.

No tenemos ninguna prueba concluyente para hacerle hablar. Y tú no eres tonto.

—Gracias.

—¿Por qué?

Finalmente se lo dije, convencido de que no iba a poder quitármela de encima.

—¿Y piensas que la mujer de Carter o ese vigilante...?

—Sí. Y además me preocupa mucho por qué el tipo ese estaba frente a la casa de los Benson. Por eso quiero volver, saber quién es e intentar hablar con él, fuera o dentro de la casa. Desde luego —la miré fijamente—, la policía sobra en un caso como éste. Ya sabes que la gente se muestra reacia a hablar...

—Éste es un caso policial. Y tú no debes intervenir.

—Recuerda: mi cliente quiere que demuestre la inocencia de su novia.

—¿Dónde están?

—Cariño, esas preguntas sorpresivas guárdatelas para los tontos —le sonreí.

—¡Te odio!

Eso puso punto final a la conversación. Conduje el resto del camino en silencio. Beverly Hills aparecía como un verde paraíso repleto de casitas que se encaramaban a las laderas. Todo parecía paz.

Al ir a aparcar, Ann dijo:

—¡Eh!

Un lujoso y rutilante «Mercedes Benz» salía de la propiedad de Ralph Carter. Conducía un sujeto escuálido, desconocido para nosotros. Eso sí, en el asiento trasero reconocimos a Giorgio Fellini y a Ralph Carter.

—Se van.

—Ya.

—¿Vamos tras ellos?

—De eso se encargarán los hombres del inspector Parker. Dijo que había dejado a dos vigilando. A mí me interesa sobre todo el fulano del «Mercury» negro...

De pronto, un «Pontiac» brotó de la acera como un caballo encabritado y se puso a escupir fuego y plomo. Las ráfagas de metralleta rompieron, en mil pedazos la paz del lugar. Observamos asombrados cómo el auto de Ralph Carter comenzaba a dar bandazos, acabando estrellándose contra otro coche aparcado. El de los asesinos continuó corriendo locamente, colina abajo. Un «Chevrolet» salió tras él, al tiempo que una mano adosaba al techo del auto una sirena que comenzó a ulular. Los dos coches acabaron perdiéndose de nuestra vista. Ann y yo corrimos hacia el «Mercedes Benz» tiroteado, una portezuela del coche ya se había abierto, apareciendo un Ralph Carter tambaleante. Su esposa y varios vigilantes de la casa, así como vecinos de casas colindantes, se acercaban presurosamente. Hubo algún grito de horror.

—Ocúpense de Giorgio y el chófer —dijo Ralph Carter, en cuanto nos acercamos a él para interesarnos por su salud—. Yo estoy bien. No me alcanzaron.

El chófer estaba malherido en un hombro y tenía un rasguño en el cuello. Por contra, Giorgio Fellini había sido herido mortalmente. Apenas tenía vida cuando lo sacamos del coche, todo ensangrentado.

Observé que la esposa de Carter se abrazaba a él, llorosa.

—¡Giorgio! ¡Primo!

Entretanto, Ralph Carter hablaba con sus hombres. Ann se acercó para preguntarle:

—¿Sabe quiénes eran?

—No los reconocí, pero puedo imaginármelo. Querían matarme a

mí. Esos de Las Vegas que me la tienen jurada. Malditos sean. ¿Cómo está Giorgio?

El jefazo del Sindicato de New York estaba agonizando en los brazos de su prima, la cual apenas se había preocupado por su marido. Giorgio Fellini nos miró a todos los que formábamos corro a su alrededor con ojos desenchajados.

—Luzianna... Ralph... —balbuceó—. Nunca... podré... ver... cumplida mi... mi *vendetta*...

Qué muerte... más... estúpida... Seguidla... buscando... Y no... no falléis... como yo... que... que sólo a... acerté a... acuchillarle... un... un muslo... ¡Partidle el corazón!

Hizo un supremo esfuerzo para dar la orden final y eso le costó la vida. Yo estaba perplejo. Una cuchillada en el muslo. Me estremecí.

CAPÍTULO XV

—¡Stuart!

Me volví, cuando ya iba a subir a mi coche. Era Ann.

—¿Adónde vas?

—Ya nada tengo que hacer aquí. El tipo ése del «Mercury» no está. Ahora hay mucho follón con lo ocurrido, esperaré a que se calme la cosa. Ya entraremos en contacto. Tú estás muy ocupada...

Era verdad. El gentío aumentaba por momentos. Una ambulancia acababa de llegar, también el capitán Gordon y los hombres del

FBI.

Se respiraba un tenso ambiente. Ralph Carter era acosado a preguntas por parte de los representantes de la ley y de los periodistas recién llegados. El hombre hacía todo lo posible por evadirse diciendo que debía descansar tras el susto pasado.

—No me engañes, Stuart —dijo ella.

—Tranquila, pequeña. Hablaremos más tarde. ¿Okay?

La dejé con la palabra en la boca y me alejé a todo gas en el auto. El caso había dado un giro insospechado, y yo tenía el encargo de resolverlo, aunque iba a ser muy duro para mi cliente aceptar la verdad.

Cuando llegué a la mansión de los Benson, sólo se encontraba en ella el hombre.

—No he querido ir al trabajo, por si Joe o ustedes llamaban. ¿Hay alguna novedad, señor Douglas?

—La policía le informará.

—¿Le ha sucedido algo a Joe? —Se inquietó.

—No. No se preocupe por él. Está bien. ¿Dónde se encuentra su esposa?

—No podía aguantar la tensión y ha salido.

—¿Sabe adónde fue?

—A la casita de la playa de mi hermano Leonard. El pobre ahora no la usa. Está hospitalizado desde hace un mes, con problemas coronarios. Laura dijo que necesitaba tranquilidad para serenar sus nervios. Está muy alterada por lo de nuestro hijo. Bueno, todos estamos alterados, pero a ella le ha afectado más.

—Sí, me lo supongo. ¿Me puede indicar dónde se encuentra esa casita?

Se hallaba en Ocean Way, en el límite de Santa Mónica. El señor Benson me hizo otras preguntas, sobre todo por qué me interesaba por su mujer, y las eludí lo mejor que pude, sin muchos problemas porque era un hombre hasta cierto punto ingenuo, como lo había definido ella.

La casita pertenecía a una pequeña urbanización que colindaba con la playa. Hacía un buen día y la gente se había animado a acudir a tomar el sol y bañarse. El mar aparecía azul y tranquilo.

Cuando llegué ante la puerta, toqué el timbre. Al momento se abrió. Apareció el rostro ansioso de la mujer que conocía como Laura Benson.

—¡Ed...!

Calló al reconocermela. Acto seguido intentó cerrar, pero ya era demasiado tarde. La empujé hacia el interior, sin muchos miramientos.

—¿Qué..., qué hace usted aquí? —preguntó, asustada.

—Una visita de cortesía, señora Benson..., ¿o prefiere que la llame Edna Plummer?

Se quedó de piedra. Nuevamente le di un empujón y cayó a plomo sobre una butaca. Yo permanecí de pie, frente a ella, encendiendo un cigarrillo.

—¿Cómo... lo sabe...? —balbuceó.

—Es bastante largo de contar. Digamos que la clave me la ha dado la cicatriz del muslo.

—Oh —se llevó allí instintivamente la mano.

—Yo se la vi el día que nos conocimos, y Giorgio Fellini lo mencionó poco antes de morir...

—¿Ha muerto? —preguntó, los ojos muy abiertos.

—Sí. Le ametrallaron.

No dijo nada más. Yo expelí una bocanada de humo y dije:

—Estoy dispuesto a escuchar su historia. ¿O llamo ya a la policía?

—¡No! —saltó.

—Muy bien. Soy todo oídos.

—¿Qué..., qué quiere saber?

—Lo que verdaderamente ha ocurrido. Empiece por New York. ¿Realmente el padre de Giorgio Fellini mató a Caleb Burton?

Ella me miró con fijeza y luego meneó la cabeza de un lado a otro, negativamente.

—¿Quién fue?

—Edward *Twist*.

—No le conozco.

—Era el contable de la empresa. Había cometido un desfalco y el jefe le descubrió. Le iba a denunciar si no reponía el dinero. El otro no estaba dispuesto y decidió matarlo. En realidad, todo esto lo supe más tarde. Yo no intervine en ello.

Verá... —hizo una pausa para tomarse un respiro—. La noche del crimen salí de las oficinas, dejando a Caleb Burton solo. A medio camino recordé que había olvidado mi monedero, y en él estaban las llaves del apartamento, así que regresé. Entonces vi salir a Edward *Twist* tomando toda clase de precauciones y descubrí el cadáver. Decidí callarme y chantajearle. Edward *Twist* no tuvo más remedio que acceder a mi petición.

Al detener la policía a Fellini, en seguida declaré contra él, manifestando que antes no estaba segura y por eso me había callado. Edward *Twist* me prometió una mayor recompensa por ello. El hijo de Fellini era un auténtico diablo. En pleno juicio, cuando sentenciaron a su padre, se abalanzó sobre mí con una navaja y al intentar esquivarlo, me la clavó en el muslo. Cuando curé, me quedó una marca, *Twist* me pagó y yo me largué de allí, temerosa de los italianos y sus venganzas. Estaba dispuesta a iniciar una nueva vida con el dinero que me había dado *Twist*. Llegué aquí, a Los Angeles, y no me fue difícil conseguirme otra identidad, a partir de una partida de nacimiento falsa. Las venden como palomitas de maíz en los bajos fondos. Luego cambié también toda mi fisonomía. Empecé a frecuentar los ambientes sociales de categoría y logré pescar al ingenuo de Joe Benson, sabía que el dinero de *Twist* no iba

a ser eterno y tenía que darme prisa en asegurar mi porvenir. Con Benson lo logré.

El cigarrillo se había consumido entre mis dedos. No me preocupé de buscar un cenicero, dejé caer la colilla y la aplasté con la suela del zapato.

—¿Y cómo se rompió el equilibrio? —pregunté.

—Bueno, aún falta contar algo más —dijo ella, muy deseosa de proporcionarme abundante información—. Hace unos años apareció por Los Angeles *Edward Twist*, también bajo otra personalidad.

—Ajá —murmuré, sorprendido.

—No supimos el uno del otro hasta hace unos meses, en un encuentro casual. Lo ocurrido veinticuatro años atrás, que todavía nos seguía uniendo, y que nuestros matrimonios no funcionaran, pues eran más bien de conveniencias, nos empujó a tener relaciones íntimas, cosa que antes no sucedió. Todo iba de perlas... hasta que de pronto surgió Alan Flint.

—Bien. Ya hemos llegado.

—Alan Flint me vendió a Giorgio Fellini. El se movía en el mundo del hampa y sabía de la recompensa que se ofrecía por mí, era algo que había dado la vuelta al país. Le mandó aviso, si venía le diría dónde estaba Edna Plummer. Según tengo entendido, una amiga suya me reconoció por una fotografía en el periódico, ella vivió aquella historia, era la amante de Caleb Burton. Alan Flint no era tonto, comenzó a sospechar y me vigiló, hasta cerciorarse.

Chasquéé la lengua y comenté:

—Me da la impresión de que usted ha sabido todo esto por otra persona.

—Sí. *Edward Twist*.

—¿No fue usted quien mató a Alan Flint y a Monna Tracy?

—No. Yo no he hecho nada. No supe de todo el lío hasta que sucedió y él quiso contármelo.

—Pero ¿quién es él?

Ella sonrió por primera vez y dijo:

—Lo tiene tras usted, maldito detective.

CAPÍTULO XVI

Ralph Carter había entrado silenciosamente en la casa y ahora me apuntaba con una pistola. El tubo silenciador deformaba el cañón. El era el asesino tan buscado.

—Hola, cariño —saludó a la mujer—. Veo que hemos sido descubiertos.

—Le di largas esperando tu llegada. No sabes el susto que me llevé cuando abrí la puerta, creyendo que eras tú.

—Tuve problemas. La muerte de Fellini me entretuvo, ya sabes, los periodistas, la policía, mi mujer... Bien, éste ha sido el más listo y se va a llevar su premio —me miró de una forma feroz, con un brillo homicida en sus ojos. Comencé a sentir algo de miedo, y tragué saliva con dificultad.

—No escapan —se me ocurrió decir.

Edward *Twist*, alias Ralph Carter, soltó una carcajada.

—Usted ha venido por libre. Los otros no saben nada, recuerde que yo he estado con ellos. Si usted la palma, ella y o podremos seguir tranquilamente aquí. Nunca nos descubrirán.

—Yo no estaría tan seguro.

—No le des cháchara, querido —dijo ella—. Pretende lo mismo que yo. Anda, mátalos, le odio desde el mismo día que le vi aparecer por casa. ¡Entrometido!

La mirada de la mujer no tenía nada que envidiarle a la de su amante. Supe que estaba perdido, no me iban a valer de nada las baladronadas. Por más tiempo que perdiera, ¿quién iba a acudir en mi ayuda? Me imaginé a Ann, en mi entierro, comentando: «Se lo tiene bien merecido. Por estúpido». De todas formas, intenté conversar, tal vez porque hablar significa estar todavía vivo.

—Ahora entiendo cómo supo de lo de Alan Flint. Usted

pertenece al sindicato. Y precisamente Alan Flint se debió poner en contacto con gente allegada a usted.

—Exacto —me siguió la corriente el otro, en ningún momento dejando de apuntarme con la pistola—. Al saberlo otros no podía ya evitar la llegada de Giorgio Fellini, pero sí cerrarle la boca a Alan Flint y eso es lo que hice en aquel reservado. Luego, precisamente por los guardaespaldas de Fellini que habían hablado con Jim Forrest, el dueño del Funny Bar, y habían investigado juntos, supe de la existencia de Monna Tracy. Y aquí sí que tuve que darme prisa para llegar antes que ellos. La mujer me contó la historia, jurándome que no hablaría, que sería una tumba, creyendo que me convencería.

—Sí, ahora todo concuerda.

Incluso comprendía cómo se habían mezclado el asunto de Kathy Asquith. Al vigilar Alan Flint a la esposa de Benson, por carambola, como él mismo había confesado a la muchacha, había descubierto a ésta, imaginaba que en compañía de Joe Benson, el hijo de la mujer que le interesaba. Y había decidido sacarle partido también a esto mientras esperaba la llegada de Giorgio Fellini.

Fellini...

—Y ahora que pienso —dije, mirándole con fijeza—, tal vez la muerte de Giorgio Fellini ha sido algo preparado.

Edward Twist rió, pero su mano se mantuvo firme, y no hubo oportunidad.

—Es usted condenadamente listo, Douglas. No se equivoca. Yo había tenido problemas en Las Vegas, es cierto, pero no para tanto. De todas formas, hice correr la voz entre el hampa de que me la tenían jurada, y me rodeé de vigilantes, como si estuviera asustado.

No era más que una pantalla para justificar la muerte que le tenía preparada a Giorgio Fellini. Había que quitarlo de en medio para siempre, para que no diera más la lata con su tonta *vendetta*. Me fastidian los italianos con su honor y sus juramentos de la mierda. Mi mujer me tiene harto con sus historias sicilianas. Precisamente ella también debía entrar en el lote, pero se excusó y yo no quise obligarla para no llamar la atención. En fin, como adivinará, yo sabía que el coche tiraría la ráfaga y me agaché oportunamente.

—No es usted tampoco tonto —le dije con media sonrisa.

—¡Basta ya de conversación, Ed! —tronó la mujer, impaciente
—. ¡Dale lo suyo y larguémonos!

—Sí, querida.

Me envaré, lleno de tensión. Y contemplé impotente cómo el
dedo índice se curvaba sobre el gatillo.

Sonaron los disparos.

CAPÍTULO XVII

Edward *Twist*, alias Ralph Carter, ante mi sorpresa y también la de su amante y cómplice, se convulsionó y agrandó los ojos, gimiendo. La pistola quedó unos instantes colgando de su índice y luego cayó al suelo. Un hilillo de sangre asomó a la comisura de sus labios mientras Edna Plummer, alias Laura Benson, chillaba horrorizada. Su último esfuerzo fue girar el rostro para ver a la persona que le acababa de disparar por la espalda.

—Luzianna... —susurró.

Luego, cayó de bruces, produciendo un sordo ruido.

—¡Ed! —gritó su amante, corriendo hacia él, abrazándole desesperadamente.

La mujer italiana se adentró en la habitación con un revólver aún humeante. Su rostro era una máscara de odio. Los ojos brillaban peligrosamente.

—¿Créais que yo era estúpida? —jadeó, presa de sus deseos de venganza—. Recurrí a un hombre de confianza para que vigilara a mi esposo y averiguara la verdad. ¡Nadie se ha burlado nunca de un Gori!

Me acordé entonces del tipo del «Mercury» negro. Las piezas habían encajado totalmente.

—¡Mírame, zorra! —le gritó a la Plummer—. ¡He escuchado la parte final! ¡Adivino quién eres! ¡Tú has tenido la culpa de todo! ¡Mi primo reclama tu sangre, tu sucia y maldita sangre!

—No... —musitó Edna Plummer.

—¡No! —chillé yo.

Fue inevitable. El revólver volvió a vomitar fuego y plomo, tres veces más. Edna Plummer se encogió sobre sí misma y después cayó sobre su amante, con el pecho tinto en Sangre, formando ambos una

extraña cruz.

Luzianna Carter me miró entonces, tomando constancia de mi existencia. Por un instante pensé que aún no había escapado a la muerte, su mirada era espeluznante, pero el revólver resbaló de entre sus dedos, y dijo:

—He cumplido.

Respiré aliviado.

EPÍLOGO

Cuando los simios metidos a detectives de policía vinieron por mi oficina, no pregunté ni opuse resistencia. Me dejé llevar mansamente hasta el apartamento de Ann.

Ella me esperaba con una larga letanía de insultos e impropiedades que me soltó nada más verme, sin darme tiempo a abrir la boca. Cuando finalizó, se quedó jadeando, su pecho subiendo y bajando de una forma que enardecía. Consideré que había llegado mi turno y expuse:

—Ya sabes, el trabajo es el trabajo. Yo me debo a mi clientela. No puedo hacer excepciones ni favoritismos. Si se corriera la voz de que yo trabajo en colaboración con la policía, ya puedo cerrar la oficina. Nena, sé comprensiva. No es para tanto. —Levanté la mano derecha y agregué—: ¡Haya paz!

—¡Contigo nunca! —bramó, furiosa.

—Entonces —me encogí de hombros—, ¿guerra?

—¡Sí!! ¡Pasa ahí dentro! —me señaló con una mano. Era el dormitorio. Pasé, resignado.

FIN

Albert Rosbund es el pseudónimo del escritor Alberto Rosbound Izquitino.

Notas

[1] University of California at Los Angeles. < <

[2] Estos personajes fueron los protagonistas de la novela titulada *Detective Story*, publicada el año pasado en el número 1526 de la colección Servicio Secreto. < <